

In memoriam

Mario Gaviria Labarta*



Ilustración: Javier Artica

*"Te queremos recordar,
Mario Gaviria Labarta.
Te queremos recordar,
por fiestas inolvidables
y por tu labor social.
Y por tu labor social,
Mario Gaviria Labarta"*

Jota. Facundo Salcedo.
Tudela, 9 de junio de 2018.

Resumen

Este documento presenta un recuerdo de Mario Gaviria, a partir de un recorrido coral por su trayectoria intelectual y personal, ofreciendo testimonios y reflexiones de personas que le conocieron en distintos momentos de su vida.

Como documento anexo, en un archivo independiente, se presenta una biobibliografía de Gaviria.

* Edición de David Prieto (Comité Editorial de Encrucijadas), con la colaboración de Ion Martínez y Artemio Baigorri.

Índice

<i>Mario Gaviria (1938-2018). Una aproximación biográfica.</i>	
David Prieto Serrano	3
<i>Pensar en profundidad y no en el curriculum</i>	
Sandra Gaviria	7
<i>Formarse con Gaviria en Sociología Crítica</i>	
Artemio Baigorri	10
<i>El primer Ecologista</i>	
Pedro Costa Morata	15
<i>Mario Gaviria, o “el análisis concreto de la realidad concreta”</i>	
Ion Martínez Lorea	18
<i>Mario Gaviria y la arquitectura del placer</i>	
Łukasz Stanek	32
<i>Tres etapas en la teoría de un sociólogo alternativo</i>	
Álvaro Rodríguez Díaz	35
<i>De Mario a Mario</i>	
L. Antonio García Tabuena	39
<i>La planificación autogestionaria (1981)</i>	
Mario Gaviria Labarta	41

Mario Gaviria (1938-2018). Una introducción biográfica

David Prieto Serrano

Mario Gaviria nació el 14 de abril de 1938, en Cortes (Navarra). Un pequeño pueblo de la Ribera del Ebro, asentado sobre el paisaje estepario de la *muga* con Aragón, fue durante décadas el «laboratorio» de una de las trayectorias intelectuales más imaginativas, iluminadoras y generosas del campo sociológico español. Una mirada a esta «pequeña Holanda» —como le gustaba decir a Mario— conocida por su huerta fértil, a expensas de los regadíos del Ebro, y «punta de lanza de la innovación energética» a golpe de Cierzo, nos devuelve un reflejo material de buena parte de sus inquietudes investigadoras y pasiones vitales.

Hijo de agricultores semiabsentistas —de una familia de la pequeña burguesía agraria, propietaria de 25-30 hectáreas de regadío y descendiente de un linaje de ovejeros vascos asentados en la Ribera del Ebro por varias generaciones— a los 10 años abandonará la casa solariega familiar para estudiar en Zaragoza. Su educación, en los Jesuitas, marcará un sentido de disciplina intelectual presente hasta los últimos días: «me hacían leer mínimo 50 páginas al día». Pero también se despliega un carácter de animoso vitalismo, el gusto por la guitarra y las jotas, las fiestas populares y la afición por el fútbol. Como recordaba en su texto “El deporte-placer” —incluido en *El Buen Salvaje* (1981)—: “soy un caso típico del exceso de deporte por una deformación de los años 50. En estos años se nos empujaba al éxito a través del deporte. Un joven que tuviese contextura y quisiese ser exitoso tenía que imitar a Zarra”.



Fotografía: Mario Gaviria (de pie, tercero por la izquierda) con el Zaragoza en la final de Copa del Generalísimo Juvenil, disputada frente al Atlético de Madrid en el Estadio Santiago Bernabeu (24 de junio de 1956).

Aunque siempre matizaba, «nunca quise ser abogado», terminará licenciándose en Derecho por la Universidad de Zaragoza. Con apoyo del profesor Ramón Sáinz de Varanda —que en los años de transición acabaría siendo senador y posteriormente alcalde de Zaragoza— consigue una beca para estudiar en el Centro Universitario Europeo de Nancy (Francia), donde obtendrá un Diploma de Estudios Superiores Europeos, y en el Instituto de Altos Estudios Europeos en Estrasburgo: “del que ni siquiera me molesté en sacar el título, sino simplemente la beca. Allí comprendí muy claro que el espíritu europeo no existe y Europa libra una lucha de Estados”¹. Descubre la Sociología de forma fortuita en Londres. Al no poder permitirse estudiar cine en la *London Film School*, se inscribe como estudiante semi-clandestino de sociología política en la *London School of Economics*. Pero será en Estrasburgo donde obtenga el Certificado de Estudios Superiores en Sociología y Etnología, especializándose en Urbanismo.

En Inglaterra, alternará los estudios con ocupaciones variopintas (friegaplatos, cosechador...) y contacta con círculos pacifistas. Crece su admiración por Bertrand Russell y se plantea llevar a cabo una tesis doctoral sobre la retirada unilateral de armamento nuclear en pequeñas potencias. Un proyecto que no llega a concretarse, augurando su característica ‘alergia’ al academicismo: «se lo propuse a un profesor de Derecho Internacional en la Universidad de Zaragoza, que era militar, para quitarme de encima me mandó hacer un índice».



Fotografía: Mario Gaviria con Henri Lefebvre y su hija Armelle.

1. Gaviria, M. (1980) “Panfleto contra Europa”, pp. 45-47 en *Transición. Economía, trabajo, sociedad*, nº26.

En Estrasburgo, conoce a Henri Lefebvre, su maestro y amigo, del que aprendió «más de la vida que de urbanismo [...] nos conocimos por el placer que compartíamos por la fiesta». Ambos oriundos del entorno pirenaico —a uno y “otro lado de la luna”, que diría Lefebvre—, encontraron una enorme complicidad en su pasión por la «buena vida» urbana. En aquellos años, Lefebvre teorizaba sobre la vida cotidiana y propiciaba investigaciones como *L’ habitat pavillonnaire* (1966). Una relación que inspiraría investigaciones pioneras en la sociología urbana española y la difusión temprana en el ámbito intelectual español de la obra de Lefebvre², con la edición y prólogo de su obra clave *El Derecho a la ciudad* (1969) y la edición de la antología *De lo rural a lo urbano* (1971).

En 1964, vuelve a Zaragoza y escribe sus primeros artículos sobre procesos urbanos, publicados en *El Heraldo de Aragón*. Estos trabajos le abrirían las puertas a su primer empleo como profesional del urbanismo en la Gerencia de Urbanización del Ministerio de la Vivienda en Madrid, dirigida entonces por Pedro Bidagor, a su entender «el mejor urbanista del s.XX». Aunque la propuesta inicial era el encargo de estudios sobre 10 ciudades españolas «me vio un poco ‘verde’ y me encargó unos panfletos sobre la descongestión industrial de Madrid».

En Madrid, no sólo participa de la planificación de los «barrios nuevos» promovidos por la Gerencia, sino también de la emergente crítica sociológica a la concepción urbana racionalista y funcionalista del movimiento moderno o la Carta de Atenas, fundada en obras como *The Death and Life of Great American Cities*, de Jane Jacobs (1961) o *Vivre dans les grands ensembles*, de René Kâes (1963) o los trabajos de Chombart de Lauwe. A diferencia de su maestro, la crítica urbana de Gaviria es empírica, inmersiva, basada en la observación, la transdisciplinariedad y una aproximación multimétodo (encuestas, fotografía...). Tras una breve estancia en una pensión de la Puerta del Sol, pide un crédito —de nuevo con aval de Sáinz de Baranda— para vivir y analizar la Ampliación del Barrio de la Concepción. El estudio será publicado por la revista *Arquitectura*.

A mediados de los años sesenta, dirigió el Seminario de Sociología Urbana en CEISA, aventura fundante de la llamada “escuela crítica de sociología” y avanzadilla de la institucionalización de la Sociología en España. Junto con Fernando de Terán, compañero en la Gerencia, y José Manuel Alonso Velasco proyectaron formas urbanas, como la “rambla de la vida intensa” que respondieran mejor a las críticas teóricas y a los resultados de sus investigaciones empíricas —notablemente la realizada en el *Gran San Blas* (1968)—, tratando de recuperar espacios densos, trabados y continuos del espacio urbano tradicional. Evitando la monotonía y falta de espacio en el modelo urbano de bloques paralelos y abriendo la posibilidad de un urbanismo radicalmente transdisciplinar. Capaz de integrar la perspectiva macro de los flujos globales de personas, capitales e ideas, con el análisis la vida cotidiana en una perspectiva que es tanto histórica como prospectiva. Un modelo de análisis que pone al mundo social en el centro.

Mario nunca dejó el urbanismo definitivamente a pesar de lo que afirmaba en 2012, cuando decía que en «la euforia de una sobremesa» con Moneo, Solá-Morales y otros

2. Lefebvre participaría como asesor en distintas investigaciones empíricas y como profesor en muchos de los cursos organizados por Mario Gaviria. Junto a las traducciones y ediciones en castellano de sus principales obras, este hecho facilitó una recepción temprana de su obra, que en el ámbito anglosajón tardó en fructificar algunas décadas.

arquitectos, este último le dijo «"mira, Mario, los sociólogos nos habéis dado una lata enorme con el valor de uso, el valor de cambio...; ya lo hemos aprendido, y no nos creais más que problemas, ya no lo necesitamos", y ese día comprendí que ya no tendría más trabajo en urbanismo»³. Incluso después de su jubilación —no sin cierta frustración por la escasa acumulación del conocimiento urbanístico o la abundante corrupción—, no dejó de reflexionar sobre las dinámicas urbanas y territoriales, de promover o colaborar en diagnósticos, planes parciales, informes y propuestas de distinta índole.

Lo cierto es que Gaviria vivió muchas vidas tras esta primera etapa profesional, constantemente amplió sus campos de investigación y activismo. Se pueden identificar tres momentos de ruptura: 1) la crisis teórica y metodológica a raíz de la información recibida en su estancia en Estados Unidos en 1971-72, que abre su etapa ecologista y de autonomía regional, 2) la incorporación como profesor de Trabajo Social en 1985, hasta 2004, y 3) la jubilación «hiperactiva».

En este sentido, a lo largo de las siguientes páginas, se presentan retazos de vivencias personales y reflexiones sobre su labor investigadora, su compromiso activista (notablemente en el movimiento ecologista) o sobre su disposición de maestro comprometido —dentro y fuera de las instituciones educativas y como animador de numerosos «círculos de generosidad intelectual»— que se prolongará en su relación con cientos de personas a lo largo de toda su vida. También se recupera un texto de Mario Gaviria sobre la planificación autogestionaria, publicado originalmente en 1981 y en el que detalla su perspectiva de intervención directa —mediante asamblea o sorteo— y autoorganización frente a perspectivas más restringidas de participación ciudadana. Quizá, la ausencia más notable es la mirada a su etapa social, vinculada a la docencia en Trabajo Social, las propuestas de rentas mínimas de inserción, la integración de colectivos desfavorecidos o la labor en los comités anti-sida.

Mario Gaviria fue un representante como pocos de esa condición del sociólogo que Alfonso Ortí denomina 'generalista de lo concreto', un horizonte de pensamiento desde el que se "reivindica la compleja e integral sustantividad de lo social, construyendo los instrumentos metodológicos y teóricos para llevar adelante" el oficio de sociólogo (Rodríguez Victoriano). En su práctica se conjuga una particular disposición de la mirada (Simmel) —un "saber en perspectiva poliédrica capaz de combinar y componer saberes de distinta procedencia"— con una desbordante "imaginación sociológica" (Wright Mills), de carácter socioinstituyente y proactivo (Ortí). En una entrevista de 1976 en el programa *A fondo* (RTVE) Joaquín Soler le presentaba como "un hombre que toca tantas teclas que es muy difícil clasificarle". En aquel momento, Mario Gaviria explica esta aparente indefinición, ajena a los departamentos estancos del saber académico, enmarcando su práctica en el ejercicio de un fuerte compromiso social: "mi vocación verdadera sería que la gente pueda vivir trabajando poco y viviendo bien, entonces, todo mi esfuerzo va destinado a poder conseguir una sociedad confortable, que no gaste mucha energía, que no polucione mucho, que no se exploten unos a otros, y que sea bastante armónica, es un sueño".

3. Gaviria, M. 2012. "Docencia de lo urbano como reto social", pp. 66-67 en *Perspectivas Urbanas 5. La docencia de lo urbano*. Madrid, Universidad Europea de Madrid.

Pensar en profundidad y no en el curriculum

Sandra Gaviria¹

Université Le Havre Normandie

Mi padre estaba a favor de una sociología crítica, que estaba en su momento de esplendor en los años 60. Inspirada de Marx, Freud, y otros autores que posicionaban a los hombres y a las mujeres en situación de alienación y determinación, por las condiciones sociales de su existencia. La acción política podía contribuir a su liberación.

Teníamos el proyecto de grabarle sobre su concepción de la sociología y me decía que en el fondo no había sido un pensador, sino un activista. En cualquier caso, pensaba que el sociólogo tenía la misión de opinar, criticar, actuar. Era rebelde, innovador y pionero. Nunca entendía cuando le decía que en París algunos profesores consideraban que había que analizar la realidad social pero no dar preconizaciones ni su opinión. Para él eso era otro oficio. El deber era "mojarse". Y así lo hizo hasta el final. Su inspiración marxista le impedía entenderlo de otra manera.

Lo que más resaltaría es la pasión y el placer que tenía por su trabajo. Disfrutaba y lo pasaba muy bien reflexionando, leyendo, encontrando nuevas hipótesis, hablando e intercambiando sus ideas con amigos, conocidos y desconocidos. Seguramente muchos de vosotros habéis contribuido. Le gustaba reírse y disfrutar con su trabajo, con sus amigos sociólogos, arquitectos, periodistas y de otros gremios. Montar grandes equipos de investigación. Transmitía su energía a la gente que trabajaba con él.

Como investigador

Para mí, como socióloga, es un ejemplo de ejercer el oficio con placer. Él siempre intentaba disfrutar la vida. Era sociólogo entre semana, de noche, de fin de semana y de vacaciones. Siempre estaba "dándole vueltas al coco": pensando, observando, analizando y con sed de saber y aprender más. A veces se despertaba por la mañana y decía: «le he estado dando vueltas a *esto* o a *lo otro*» y tenía una nueva hipótesis. Cuando venía a París se pegaba horas y horas en las librerías y venía a casa fascinado por las obras o el libro que había leído la noche anterior. Como cuando descubrió las teorías de Louis Dumond sobre el individualismo o las de Emmanuel Todd sobre las influencias de las estructuras familiares en la convivencia en las sociedades contemporáneas. Siempre decía, «el cerebro trabaja solo, procesando como un ordenador».

Para él, un buen profesional tenía que saber discurrir, comparar en el espacio y en el tiempo, documentarse a nivel nacional e internacional. Y pasar muchas horas hablando con la gente. Por ejemplo, el verano pasado invitó a unos franceses que vimos en el súper de Cortes, que estaban en una casa rural, a un aperitivo para ver qué opinaban de las Bardenas Reales. Siempre decía, «veo a los turistas aburridos por Tudela porque no saben qué hacer». Por eso trabajó hasta el final en el proyecto sobre las Bardenas Reales. En Cuba, estuvimos un mes entrevistando a gente sobre temas diversos y

1. Editado a partir de la intervención en el Acto "Juntos, revueltos, libres e iguales. Recordando a Mario Gaviria" en Tudela (9 de junio de 2018).

variados como la sexualidad o la vida cotidiana. En Daimiel, cuando se iba a entrevistar a alguien volvía cuatro horas después fascinado por lo que había aprendido sobre el Acuífero 23. Era riguroso en ciertos aspectos metodológicos y elaboraba a menudo sus datos propios con papel y boli. En otros menos, por ejemplo le parecía inútil transcribir todo el trabajo de campo.

Consideraba crucial observar. Decía, antes de publicar *La séptima potencia* (1996) en la que defendía que España iba bien, «dicen que España va mal y todo el mundo tiene coche casa y se van de vacaciones».

Cuando venía a París decía, «aquí hay mucha gente sola, todos comiendo solos están solos y de mala leche. No es el París que conocí de joven». En el pueblo, le fascinaba la maternidad de aquellas mujeres que corrían detrás del chico, con la cuchara en la mano, para darle de comer.

Además, tenía olfato para anticiparse a su tiempo como individuo y como sociólogo. Así luchó contra las nucleares, el SIDA y recientemente se preocupaba de la convivencia en la Ribera.

Su libertad intelectual fue posible, entre otras cosas, porque era crítico con el academicismo y las normas de las revistas científicas. Para él muchas veces se trataba de «marear la perdiz» y de «yo te cito, tú me citas». Era muy crítico con la institucionalización de la disciplina y eso le dio una libertad intelectual para abordar los fenómenos sociales. Para él lo esencial era, como todos sabéis: «el análisis concreto de la realidad concreta».

Decía que no había que tener dos cabezas, la del trabajo y la otra. Que había que atreverse y no cortarse, aunque lo que uno dijese estuviese al margen de como dicen los franceses "*l'air du temps*". Él siempre lo hizo, hasta en sus últimos textos.

Últimamente, me decía que con la edad y el tiempo conseguía profundizar cada vez más. El tiempo y el aislamiento eran imprescindibles para reflexionar y dictar cómo lo hizo hasta el final sobre Latinoamérica.

Como profesor

Concebía la relación como él la tuvo con su maestro, el gran sociólogo Henri Lefebvre, con el que, juntos, venían a San Fermín. Una relación didáctica y de amistad. Siempre decía: «hay que dedicar mucho tiempo a los alumnos para que aprendan de verdad». Defendía el acceso a la universidad de cuantos más mejor, «porque aunque algunos aprendan poco, algo aprenden».

Le gustaba enseñar a sus alumnos oficiales de la Universidad Pública de Navarra (como cuando se llevó unos 30 a Daimiel, a El Ejido o a Tudela durante un mes). Y a los que se le cruzaban por el camino. Era un real maestro altruista que disfrutaba ayudando a los demás y cultivándoles. Y no era sibarita, igual ayudaba a un chico del pueblo a aprobar la selectividad que a un doctorando a obtener una beca. Siempre contaba sobre esas madres que venían y le decían: «mira Mario a ver si puedes hacer algo que mi chico no aprueba». Y sufría cuando veía a gente que no había aprovechado las becas para aprender y producir conocimiento. Él nunca contaba su tiempo. Investigaba sin encargo cuando lo veía necesario.

Y siempre distinguía entre el tener un diploma y el saber de verdad. Eso es lo que distingue a unos de otros: el que tiene título y no sabe y el que sabe de verdad. Defendía interesarse por las cosas en profundidad. Saber los datos claves, las cifras claves y conocer todo sobre el tema en el que uno trabaja. Como lo hizo, por ejemplo, cuando contribuyó, con Manuel Aguilar y Miguel Laparra, a establecer la renta mínima.

Decía que “aunque no le creyéramos, era inmortal” como Ion Martínez recordaba en su artículo². Él sigue presente por la cantidad de buenos consejos y la pasión que nos ha transmitido a todos y todas.



Fotografía: Sandra y Mario Gaviria en París.

2. Martínez Lorea, I. 2018. “Elogio de la Gozadera”. *Diario de Noticias* (Navarra), 9 de abril.

Formarse con Gaviria en una Sociología Crítica

Artemio Baigorri¹

Universidad de Extremadura

Me siento honrado de participar en este homenaje. Mario recibió algunos premios, homenajes y reconocimientos, pero éste le habría gustado mucho por su transversalidad temática, etaria, territorial... Aunque le va a pasar como en el Premio Nacional de Medio Ambiente, que se mosqueó porque no le dejaron hablar. Esta vez tampoco va a poder hablar, lo cubriremos como podamos.

No decía por bien quedar lo de sentirme honrado, pues lo siento así. Al fin y al cabo yo sólo soy uno de los muchos sociólogos (y escasas sociólogas) que trabajaron o se formaron con Gaviria a lo largo de varias generaciones. Desde la suya, como los Enrique's (Gastón y Grilló), la de Iribas, la mía, la de Laparra, Aguilar y Baringo, la de Martínez Lorea, hasta el joven David Prieto. Aunque en realidad el último "sociólogo" en formación con Gaviria ha sido Jorge Dorado, con quien ha escrito su último trabajo, sobre el Islam y Latinoamérica. Yo trabajé con él entre 1976 y 1986, y no volvimos a trabajar juntos hasta veinte años después, en una «pichorrada» sobre la Paz Hidráulica, una especie de ARRE para ricos, o enriquecidos, que hicimos para la Expo de Zaragoza².

En lo que va de siglo he preparado algunos panegíricos de Mario³. El más reciente sobre su epistemología (una palabreja que nunca le oí utilizar y que mis alumnos temen tanto como a "buhardilla" en un dictado) y su metodología⁴. Como no me gusta repetirme, y Sandra ha hecho un repaso completísimo por su Sociología, lo que haré será echar unas jotas sociológicas, un poco de Sociología de la Sociología...

Algunos nos hacíamos sociólogos por *Gaviria* como el que se hace por la Complutense o por Harvard, daba igual de dónde vinieras y a dónde creías que fueses. Albañiles como Navascués (luego sesudo gauchista parisino), curas-poetas como Ángel Delgado (luego profesor de autoescuela y autor de novelas históricas de esas que crean identidad), contables como José Mari Lagunas, periodistas como Fandos..., o yo mismo, que también iba para periodista.

En realidad ya lo era, aunque estaba estudiando Ciencias de la Información, porque no esperaba ser otra cosa en mi vida, desde niño. A los 12 años, interno aquí en Tudela, los domingos me gastaba la propina en el periódico, en la librería del rincón de la Plaza de los Fueros (con lo que luego en Salinas me tenía que limitar a mirar a las chicas y escuchar la sinfonía), a los 15 años era corresponsal de mi pueblo en *El Noticiero de Zaragoza*, a los 17 en Barcelona conseguía mi primera exclusiva, la primera entrevista absoluta a Ramón J. Sender en su primera visita a España, a los 19 me habían buscado para escribir en *Andalán*, la revista progre de Zaragoza... No podía ser otra cosa que

1. Editado a partir de la intervención en el Acto "Juntos, revueltos, libres e iguales. Recordando a Mario Gaviria" en Tudela (9 de junio de 2018).

2. Pabellón de la Zaragoza. Expo 2008 Zaragoza.

3. Por ejemplo, "Propuesta para el Premio Nacional de Medio Ambiente" (2005) o "*Laudatio* para el homenaje del Comité de Sociología y Medio Ambiente de la Federación Española de Sociología" (2012)

4. Baigorri, A. 2018. "Extremadura Saqueada, cómo explicarlo en una clase de métodos y técnicas", pp.27-34 en *Dominación y (neo-) extractivismo. 40 años de Extremadura Saqueada. Pensamiento crítico y luchas por el territorio*. Madrid, Matadero-Madrid y Campo Adentro.

periodista, pero me topé con Mario, sin haber cumplido los 20, en plena adolescencia, y me convirtió en sociólogo.

Ángel Delgado, en un epílogo a un librito mío en 1987⁵, hablaba de unos sociólogos de base, currantes y militantes, hechos —decía él— en la *Ebro's University* y en la *People's Luchas School*. En realidad todo aquello era el Instituto Gaviria, una universidad al modo socrático, por supuesto sin neurociencia, gamificación ni *flipped classroom*, en el que un buen día el maestro te decía: "eres un sociólogo cojonudo". Y ya estaba, te lo creías y actuabas como si fuera verdad. Funcionaba el principio de Thomas, según el cual las situaciones que las personas definen como reales son reales en sus consecuencias. Y cito a William I. Thomas con fundamento, como fundador de la Escuela de Chicago (la buena, la de Sociología), porque Gaviria, aunque quería ser marxista, era pura Escuela de Chicago (tanto que cuando se fue a Trabajo Social les descubrió y tradujo a Mary Richmond)⁶. Mario tenía de aquella tradición sociológica tres elementos claves (el interaccionismo simbólico, el pragmatismo y el empirismo), unidos a la imaginación sociológica de Wright Mills.

En ese proceso de conversión de cualquier cosa en sociólogo había un periodo de transición durante el que uno no sabía muy bien qué era. Y menos aún los del entorno. A mí me nombraban en Mallén, además de por el mote, como "el periodista". Pero a partir de cierto momento los más faltones decían: "¿Periodista? ¿Este *sinprovecho*?"



Fotografía: Mario Gaviria y su equipo en Cortes (1978).

5. Baigorri, A. 1987. *De lo que hay (y de lo que se podría...)*. Artículos 1982-1987. Ediciones del Valle.

6. Richmond, M. E. 1995. *Caso social individual y diagnóstico social, Textos seleccionados*. Madrid: Talasa.

Si ha dejado la carrera y anda por ahí revolviendo con uno de Cortes". Pero como íbamos por ahí y nos ponían "sociólogos", me fui creyendo que lo era. Aunque no estaba tan claro, recuerdo un día, allá por 1980, que viene Mario diciendo "oye, hay uno que va a crear el Colegio de Sociólogos, y dice que nos va a echar de Navarra". Así que, por si acaso, en la contraportada de mi primer librito propio, sobre Ribaforada, para la colección Cultura Popular del Príncipe de Viana, puse "sociólogo autodidacta". Por si acaso. Y por si acaso, años después "pasé por" un par de universidades de las otras, y me "credencialicé" como Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología, rama Sociología, especialidad Psicología Social, *uffff*, y luego como Doctor en Sociología con no sé qué programa. ¿Hacerme doctor y luego Titular de Universidad fue mi forma de matar al padre intelectual? No lo creo. Ni me hice más ni mejor sociólogo en ese proceso; como mucho, quizás maté un poco la imaginación.

¿Cómo era la formación en aquella escuela socrática, el Instituto Gaviria? Lo primero, no había teoría. Se la tenía que buscar uno, si tenía inquietudes, porque Mario detestaba la teoría formalizada. Yo al menos tenía una cierta base para enfrentarme a aquello: la Sociología General que había cursado en primero de Ciencias de la Información (con Jesús de Miguel), y lo que recordaba de Geografía Humana de COU. Y eso sí, innumerables lecturas, desordenadas.

Mario no te sugería teoría ajena, porque la generaba sobre la marcha. Construía hipótesis constantemente, era una máquina de construir hipótesis, y diseñaba procesos colectivos de investigación para contrastar esas hipótesis. Era puro empirismo, puro pragmatismo. No disfrutaba con textos teóricos, sino con informes técnicos, estudios comparativos, análisis históricos, libros-reportaje, etc. Datos. Como se decía marxista, despreciaba a Comte, el fundador de la Sociología y de la Filosofía Positiva, pero en realidad era muy *comtiano*, positivista hasta la médula. Comía datos se podría decir, para elaborar hipótesis y propuestas de acción.

Porque ese elemento, la acción, la intervención, es otra clave de su Sociología, y en ese sentido es una sociología muy española (con perdón), que prolonga hasta el siglo XXI una línea de pensamiento que viene alentando los impulsos modernizadores desde el Arbitrismo de la Escuela de Salamanca del XVI, al proyectismo ilustrado del XVIII, y el regeneracionismo de finales del XIX y principios del XX. Por eso los costistas (de izquierdas o de derechas) siempre han admirado el trabajo de Gaviria.

Pero decía que estudiábamos en base a seminarios. Porque junto a las enseñanzas del maestro (las "clases" se tomaban normalmente en un Seat 1430, yo conduciendo y él tumbado detrás dictando) estaban los seminarios. A ver si recuerdo algunos.

Una noche discutías en Pamplona con un energúmeno sobre la lucha armada, y a la noche siguiente tomabas copas en la disco de la *gauche divine* madrileña, conversando en un rincón con un señor muy tímido (el guionista Rafael Azcona) y un emperifollado y engréido periodista que aún escribe columnas y tertuliea; una tarde eras amablemente (lo digo en serio) interrogado por la Guardia Civil sobre las preguntas que estabas haciendo a los trabajadores de la térmica de Escatrón, y a la siguiente debatías en un estudio de arquitectura de alto copete; una noche te veías detenido y amenazado por los golpistas de Milans del Bosch en Alicante, o bailando en La Paloma de Barcelona

con dos prometedoras profesoras de Sociología, y a la mañana siguiente despertabas alrededor de un calderete con agricultores riojanos, o medio desnudo en el Soto de Arguedas. Y entretanto habías escuchado, o discutido, a Lefebvre, John Friedmann, Brice Lalonde, Naredo, Tamames, López de Lucio, Moneo, y a un ingente número de especialistas en las más diversas ramas del conocimiento... ¿Cuántas universidades —ni la UCLA ni la *London School*— pueden ofrecerte una formación con tantos sabios?

Naturalmente esta formación tenía sus costes y limitaciones. Yo sólo he estado en un par de ocasiones con Lefebvre, y básicamente me quedó como recuerdo cómo presumía de meterse en el cuerpo diariamente una botella de vino y una ración de sexo diario, con más de setenta años. Yo creo que aquella proclama era un poco expresión del «gallo francés», aunque era fuerte «como un toro». Pero más allá de esa vitalidad en lo cotidiano, su praxis sociológica responde milimétricamente al canon académico, su vida es la de un académico, un erudito que crece y sobrevive en el mundo académico. Sobre todo un teórico, y como tal, sobre todo, un miembro del *stablishment*. Mientras que formarte en la *Ebro's University*, en el Instituto Gaviria, tenía, entre otros costes, el de estar fuera del *stablishment*, en la precariedad permanente, al albur de las modas y los soldados de fortuna (osea, de los políticos). La Sociología de Gaviria era por tanto, en un sentido pedestre, una Sociología precaria, en la que tenías que poner mucho de tu parte. Mucho. El *dictum* gaviriano de “vivir pobre, pero con elegancia” tenías que aprender a ponerlo en práctica, porque el Instituto Gaviria podía conducirte fácilmente a la exclusión del sistema académico, porque él lo detestaba.

Su propia relación como docente con la Universidad es una buena muestra. Él había disfrutado como docente en aquel intento de universidad libre, CEISA, y luego en cursos de doctorado aquí y allá, sin grandes compromisos mutuos. Pero como profesor formalizado en una universidad normalizada su experiencia fue muy dura. A menudo me culpaba a mí de ello, porque su llegada a la UPNA deriva de un encuentro fortuito. Un día de 1984 o por ahí venía yo en tren de Madrid a Zaragoza, y me encontré con Enrique Gastón, e hicimos el viaje juntos. Me habló, por supuesto, de la precariedad que caracterizaba a aquella *Ebro's University*, y que tenía que “formalizar”, y animar a Mario a entrar en la Universidad otra. Iban a salir unas plazas de Sociología en Pamplona y era una ocasión, que a su edad no podía estar sin seguridad social y esas cosas. En la estación de Zaragoza me esperaba Mario, pero rechazó la sugerencia de hablar con Gastón, y se resistió semanas, aunque finalmente creo que fue su madre quien lo convenció, o venció. Era lógico que se resistiese, porque no estaba preparado para el mundo académico, la rigidez formal, el modelo de la evaluación académica plagada de trampas... Siempre dijo que fue un martirio, especialmente, aunque luego en el área de Trabajo Social estuvo algo más a gusto. Esa es la Sociología española.

Hay algunos aspectos más, que supongo irán saliendo. Pero por glocalizar, por conectar con lo local, y ya que es a la vez un homenaje ribero, hay que hablar de otro componente clave de la formación en la *Gaviria University*: era una sociología a la contra. No es que fuese estar atentos a la dialéctica de los hechos nuevos, es que era ir a la contra.

Cuando todo el mundo en España estaba tan feliz, recogiendo los frutos de los Planes de Desarrollo, Gaviria se trae de California eso de la Ecología y construye un relato —al decir de los postmodernos— que pone en crisis buena parte de los iconos, empezando por la energía nuclear destinada a ser el gran motor de la felicidad.

Cuando arquitectos y usuarios empiezan a disfrutar de las recién construidas torres de la ciudad radiante, Gaviria trae el interés por lo que pasa en la calle, y proclama la vida compleja y el revoltijo de usos del casco antiguo como modelo.

El turismo se convierte en el motor de la Economía, y llega con *España a Gogo* (1974) a ponerlo en cuestión, mostrando su carácter colonial y, al analizar su funcionamiento, adelantándose al concepto de *mcdonalización*.

Cuando todo el mundo quiere ser euskaldún en Navarra (hasta él lo intentó infructuosamente, pero no pudo con el euskera), se saca de la manga el modelo convivencial de las dos etnias.

Cuando muchas de sus críticas han hecho mella, se han incorporado al *mainstream* y finalmente todo el mundo detesta el turismo de masas, convierte a Las Vegas de la costa española, Benidorm, en candidato a patrimonio de la Humanidad.

Cuando el discurso antidesarrollista se generaliza, proclama a España como *séptima potencia*, y como colofón cuando todo el mundo odia a la Merkel la convierte en su amor crepuscular.

Cuando todo el mundo está en contra de las horteras y medioambientalmente impacantes exposiciones universales, se mete a asesorar y promover una.

Cuando todos los ecologistas que él ha ayudado a formar atacan los embalses, él promueve uno en La Loteta, según el modelo de gestión del agua para la margen derecha del Ebro que habíamos planteado en *El campo riojano* (1984).

Y para rematarla, cuando todo el mundo está levitando con la Alianza de Civilizaciones y silenciando incluso ciertas palabras y conceptos científicos, sólo por no *ofender*, Gaviria pone sobre la mesa cuál es el problema y el desafío más importante para Europa en los próximos dos siglos: la islamización.

Finalmente señalaré un último componente de aquel proceso formativo: la intensidad. Decía Sandra que su padre investigaba de día y de noche y sin solución de continuidad entre la vida familiar y profesional. Cuánto lo echaron en falta en ocasiones, especialmente ella, lo sé bien. Porque más allá del discurso sobre la buena vida, aquella buena vida era una vida agotadora. Por eso, en esa Ebro's University ya no se podía estar cuando se tenía familia, cuando como el resto de los animales humanos, los sociólogos buscan preparar y cuidar un nido para sus crías, una seguridad y comida diaria para sus cachorros.

Osea, que Gaviria, o el Instituto Gaviria por cosificarlo, tenía también defectos. Teóricos, metodológicos, y humanos. Y hechos consecuentes a esos defectos. Pero quiero terminar señalando una de sus grandes virtudes, ésta humana, que no abunda. Al contrario que otras personas, sabía conseguir que todo se le perdonase. Porque fundamentalmente, por debajo de la epistemología, era buena gente.

El primer ecologista

Pedro Costa Morata¹

Conocí a Mario a partir de un artículo suyo contra la energía nuclear, en *Triunfo* el 3 de febrero de 1974², del que me avisó mi primo Paco Rabal, el actor, que me ayudaba muy eficazmente en la batalla contra el proyecto nuclear de nuestro pueblo, Águilas, en el que andábamos inmersos desde la Navidad anterior. Lo localizamos en Benidorm y hacia mayo ya pude conocerlo personalmente en una de las convocatorias antinucleares que hacía la asociación AEORMA en Madrid. En esos mismos días contacté con José Allende, cuando supe que era quien llevaba la ofensiva contra la central de Ea-Ípáster, en la costa de Vizcaya. Gaviria y Allende fueron los dos primeros críticos antinucleares; yo creo que fui el tercero, y me inicié por la estela que ellos habían marcado.

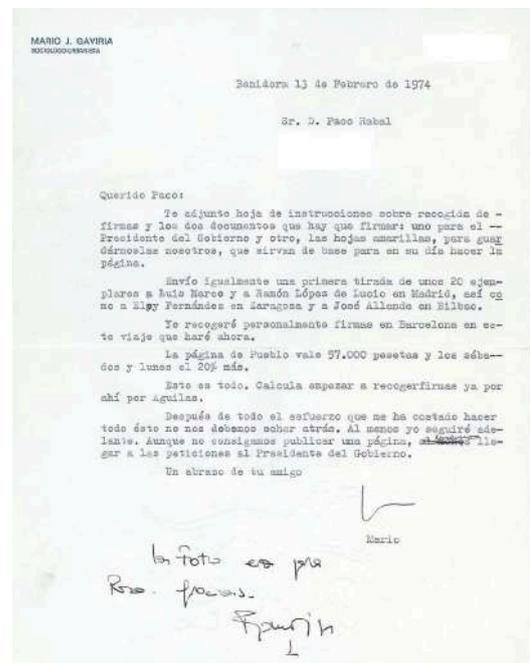


Imagen: Cartas de Mario Gaviria a Paco Rabal (1974). Fuente: Archivo Paco Rabal (Cervantes Virtual)

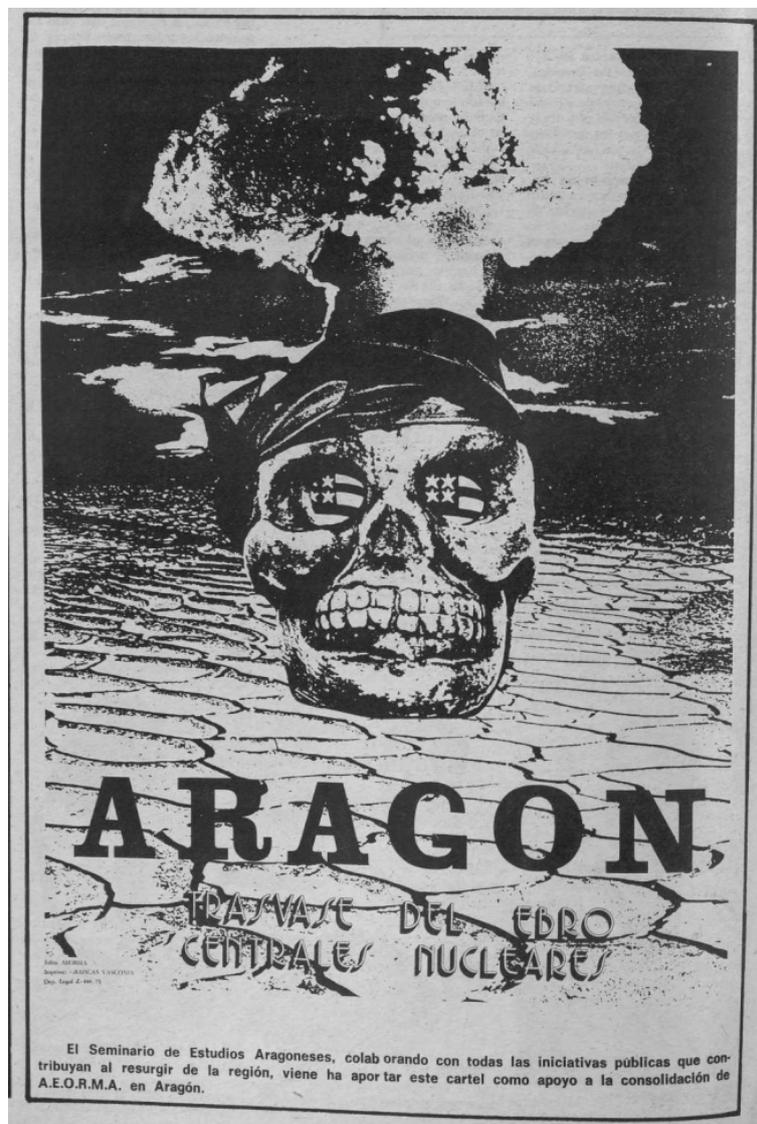
Mario me pareció que era el verdadero líder que necesitábamos en aquel movimiento antinuclear primigenio, y así quedó confirmado en la reunión —que la historia debe calificar como fundacional del movimiento ecologista en España— de Benidorm, los días 14 y 15 de junio de ese año 1974. En esos días de Benidorm tuve la ocasión de conocer, en un almuerzo en su casa, a su esposa y a su madre, lo que también recuerdo con agrado. Poco después, en septiembre, estuvo en mi tierra, concretamente en Lorca, en un acto en el que creamos AEORMA-Sureste para organizar la lucha contra el proyecto de Cabo Cope en el entorno de esa asociación. No puedo olvidar la encarnizada batalla que libramos el 31 de agosto de ese año (organizada por Allende) en el Monte Igeldo de Donostia con los directivos de Iberduero.

1. Editado a partir de la intervención en el Acto "Juntos, revueltos, libres e iguales. Recordando a Mario Gaviria" en Tudela (9 de junio de 2018).

2. Gaviria, M. 1974. "La amenaza de la Energía Nuclear", *Triunfo*, nº592: 18-21.

Teníamos buena química, y dado que yo era el ingeniero, con alguna experiencia en la tecnología nuclear, de aquel primer grupo de activistas, asumí encantado el papel que se me encomendó en un llamado Comité de Centrales Nucleares, dentro de AEORMA. Nos tratamos mucho en esos años, y me hizo partícipe de algunos proyectos profesionales que él recibió como encargo, justamente cuando yo había dejado mi profesión ingenieril para dedicarme en cuerpo y alma a derribar el programa nuclear, y necesitaba apoyo desesperadamente; estoy pensando en *El Bajo Aragón expoliado* (1977), en un proyecto de investigación en la U. Autónoma de Madrid sobre *La contaminación en las ciudades* y en algunos asuntos más. Esas cosas no se olvidan.

Siempre me pareció una personalidad generosa, desprendida y divertida, además de intuitiva y brillante. Cuando nos conocimos él ya había recorrido buena parte de su itinerario profesional y ecologista, con la *Sociología urbana*, con el *Turismo de masas* y con la *crítica de las Autopistas de peaje*, temas que me dieron la medida de su capacidad intelectual y de la amplitud de sus intereses ambientales, que admiré desde el primer momento.



Actuamos juntos en las batallas de Escatrón y, sobre todo, Sástago/Caspe, ambos proyectos nucleares en el Ebro y en el verano de 1976, cuando se publicaron al mismo tiempo su libro *Ecologismo y ordenación del territorio en España* (que haría el número diez o doce de sus publicaciones) y mi *Nuclearizar España* (que era el primero de los míos), incluso coincidimos para hacer la presentación conjunta, de ambos libros, en Calanda. De la mano de Mario me vi envuelto por la potencia cultural y política de la revista aragonesa *Andalán*, a la que me vinculé inmediatamente, y también en esos años pude reencontrarme con mis raíces altoaragonesas.



Fotografía: Mario Gaviria y Pedro Costa (ojeando *Nuclearizar España*) en Cortes (Navarra) durante el rodaje de *Requiem Nuclear* (2014).

Estuvimos juntos, con algunos de los amigos aquí presentes, en la hermosa sublevación del verano de 1979 en Villanueva de la Serena, asistiendo y apoyando al estratega de aquella batalla, Juan Serna, así como en la redacción del libro que a continuación se elaboró, *Extremadura saqueada*; y en otras ocasiones en diversos lugares. En los últimos años nos reencontramos en la convocatoria que él hizo en su casa de Cortes, para tratar del problema de la central de Garoña y, finalmente, en 2015, en una invitación que nos pasó *Greenpeace* para una Jornada antinuclear en Valencia.

He de reconocer que nunca pude seguirle en el inmenso optimismo sobre el futuro de que hacía gala, lo que seguramente ha de achacarse a una neta deficiencia mía. Mario fue el primero en el panorama del verdadero ecologismo español, es decir, el político y social, y así debe quedar reconocido su papel histórico-ambiental en la España reciente. Todos los aquí presentes sabemos que fue, en resumidas cuentas, un tipo genial y luminoso. ¡Que viva Mario!

Mario Gaviria o "el análisis concreto de la realidad concreta"

Ion Martínez Lorea

Universidad Pública de Navarra

Por escrito

Supe de Mario mucho antes de conocerlo. En los años 80. Por entonces, las baldas de toda biblioteca familiar pamplonesa solían contar con sus correspondientes ejemplares de *Grandes Obras del Pensamiento* de Agostini, Altaya o Gredos, por supuesto incompletas, algún que otro *premio Planeta* y *premio Nobel de literatura* (*Fiesta de Hemingway* incluida), la Pamplona antaño de Arazuri, la *Gran Enciclopedia de Navarra*, editada por la Caja de Ahorros, seguida del *Atlas de aves nidificantes de Navarra*, una compilación de viñetas de Forges y otra de Mafalda, un par de Episodios Nacionales y, probablemente, los chirriantes *Cuadernos de Educación Popular* de Marta Harnecker. Entre todos ellos también solían encontrar acomodo dos libros de lúgubre lomo negro con finas letras blancas donde se hacía referencia, por un lado, y sin más indicación, a *Navarra* y, por otro lado, al *Espacio de la fiesta y de la subversión*. El primero con autoría de Mario Gaviria (*sic*) y equipo; el segundo de Antonio García Tabuenca, Mario Gaviria y Patxi Tuñón. A pesar de que estéticamente no eran ejemplares muy agradados, tenían un grosor y altura suficiente como para cumplir con la preceptiva función decorativa. Mis merodeos por una biblioteca de este estilo, las casualidades y algunos comentarios familiares sobre un personaje muy peculiar que alguna vez aparecía en la radio, en la tele o en la prensa, provocaron que la superficialidad de aquellos lomos negros fuera adquiriendo una profundidad de centenares de páginas repletas de textos, tablas, gráficos y fotografías de lo más variopintas. Ahí es cuando fui tomando conciencia de quién era Mario Gaviria.

Con el paso del tiempo, ir pasando las páginas de *Navarra*, que pronto se convirtió en *Navarra. Abundancia. Ecología y recursos naturales* (1978)¹, o *El espacio de la fiesta y la subversión*, ahora con el gráfico subtítulo de *Análisis socioeconómico del Casco Viejo de Pamplona* (1979)², me llevó a ciertas intuiciones sobre el responsable de aquellas publicaciones que años después se fueron confirmando cuando, finalmente, conocí a la persona.

En primer lugar, esos trabajos resultaban difícilmente contestables sobre todo porque venían respaldados por una abundante y valiosísima información proveniente de artesanales y algo pedestres —pero siempre concienzudos y honestos— mecanismos de recopilación de datos. Todo ello simplemente llevaría a confirmar la máxima leniniana, apropiada por Mario y permanentemente repetida: la investigación es el "análisis concreto de la realidad concreta". Y a ello se ponía siempre. Cada trabajo suponía remangarse y bajar al barro, ir al contacto, cuando no al choque, con la realidad que deseaba conocer, analizar y hacer suya. Dan fe de ello sus equipos reunidos durante el tiempo que fuera necesario en hoteles, albergues, casas alquiladas, locales cedidos o

1. Gaviria, M. (Dir.) (1978) *Navarra. Abundancia. Ecología y recursos naturales*. Donostia: Hordago.

2. García Tabuenca, A., Gaviria, M. Tuñón, P. 1979. *El espacio de la fiesta y la subversión. Análisis socioeconómico del Casco Viejo de Pamplona*. Donostia: Hordago.

su propia casa, si fuera preciso, y donde se entremezclaban autóctonos y extranjeros recién aterrizados, neófitos e investigadores experimentados, todos ellos gente con ganas de trabajar y de aprender sobre el terreno. Era lo que buscaba Mario.

En segundo lugar, cada página redactada resumaba optimismo. Incluso aquellas que hablaban de las dificultades de la población mayor, que no llegaba a fin de mes, o de la amenaza de la energía nuclear para el territorio. Todas fueron escritas para plantear la posibilidad de acceso a un escenario social mejor, es decir, esos “análisis concretos” se enfocaban desde un esfuerzo para cambiar la “realidad concreta” y obtener unas condiciones generales mínimas que permitieran el disfrute de una vida buena, esto es, el gozo de la buena vida. Asimismo, la investigación y el activismo, que en Mario se daban sin solución de continuidad (y donde uno servía al otro), a pesar del enorme esfuerzo que implicaban, rompían en su caso, como ha apuntado su amigo y colaborador Fito Jiménez, con la lógica judeocristiana del compromiso como sacrificio y renuncia, y se planteaban como una apuesta optimista desde y en la cual disfrutar. Por eso, en sus proyectos se entremezclaban el trabajo de campo, las reuniones de grupo para poner en común los análisis realizados, con la comensalidad y la fiesta. Todo formaba parte de lo mismo. Eso sí, existía un paréntesis temporal irrenunciable: la siesta.

En tercer lugar, incluso un mal observador podría confirmar que Mario nunca trabajaba solo. Uno puede aventurar que era una cuestión de militancia metodológica, creía que debía trabajar en grupo y con perspectivas múltiples, de manía, siempre lo había hecho así y no iba a cambiar, o de incapacidad, necesitaba estar acompañado para desarrollar su actividad. Pero la conclusión era clara: Mario trabajaba en equipo. Las más de las veces en inmensos grupos que coordinaba en solitario o en “dirección colegiada” y, en todo caso, siempre desde un enorme respeto a todas y todos los miembros del equipo. Y así lo reconocía nombrándolos al comienzo de todos sus textos: dirección y coordinación, equipo investigador y redactor del informe, consultores, colaboradores de la investigación, otros investigadores en etapas parciales, redactor de tal o cual capítulo, etc. Aunque tuviera en mente hacia dónde ir (y él era finalmente quien tomaba la decisión), siempre valoraba la aportación de cada mirada diversa, la reflexión realizada desde una disciplina ajena a la suya, la sociología. Igualmente, tenía el tacto de tratar a todo neófito como a un igual: escuchaba y ponderaba lo dicho. Eso sí, del mismo modo que respetaba cualquier opinión, también podía calificarla, una vez evaluada, de “chorrada”, viniera de alguien ajeno a la investigación o de la estrella académica de turno.

En cuarto lugar, aquello que aparecía en sus libros solía estar fuera de la corrección y la lógica del tiempo en que se publicaban. El mejor ejemplo de ello lo representa un peculiar trabajo: la guía municipal del Ayuntamiento de Pamplona, editada en 1985³. Este texto merece que nos detengamos unos instantes en él. En buena medida, se nutre del anterior *Espacio de la fiesta y la subversión*, magnífica obra que ya a finales de la década de 1970 clamaba —apoyándose en lo dicho por su maestro, el sociólogo y filósofo Henri Lefebvre— contra el riesgo de un centro histórico que pudiera convertirse en “simple escenografía”. Pero, a su vez, la guía del 85 supone un trabajo original que podemos interpretar como algo completamente alejado de lo que hoy entendemos por guías turísticas, convertidas en soporte de marketing y publicidad. La misma es

3. Gaviria, M., García Tabuenca, A, Tuñón, P. y otros. 1985. *Pamplona/Iruña*. Pamplona: Ayuntamiento de Pamplona.

en realidad un enorme trabajo etnográfico destinado a ofrecer al lector la posibilidad de apropiarse de aquellos lugares en los cuales disfrutar de la ciudad, en soledad o en compañía, entre visitantes o de la mano de especímenes autóctonos. Baste con destacar los planos de bares del centro histórico, indicados calle por calle y número por número, para recomendar el poteo o el vermut, o los parques y jardines donde poder dormir en época sanferminera. Pero, no lo olvidemos, también es la radiografía de una ciudad viva (no una mera imagen edulcorada), donde, por tanto, se refleja la efusividad y desinhibición festiva pero también la tensión de los conflictos sociales y políticos. La ciudad, en este sentido, es mostrada como un escenario en tránsito, con unas estructuras y dinámicas en suspenso, sin destino definido y donde, por ende, sus habitantes podían ser quienes decidieran a dónde ir, a dónde llegar.

Una breve selección de fotografías de esta guía (realizadas por una quincena de autores) evidencia, por un lado, el carácter provocador y transgresor de Gaviria pero, por otro, también su enorme intuición, la que él definía con orgullo como “intuición femenina”, y que en realidad vendría a confirmar la famosa máxima marxiana que apunta a que el ser humano solo se plantea aquellos problemas que puede resolver. Así pues, su enorme imaginación (la del ser humano) le hacía, como él mismo decía, ir en algunos temas décadas por delante de lo que sucedía. Dicho de otro modo, era capaz de poner sobre la mesa cuestiones que en el momento podían resultar inverosímiles pero que acabarían siendo planteadas para su abordaje efectivo tiempo después. La utopía concreta, lo posible-imposible, que describiera Lefebvre. De esta forma, en la guía aparecen fotos de bellas escenas cotidianas, en nada solemnes, al más puro estilo neorrealista, con jubilados jugando al mús o jóvenes charlando echados en los jardines de la Plaza del Castillo o disfrutando de conciertos en la Ciudadela, pero también guiris comiendo y bebiendo junto a una escultura de Hemingway, en la más evidente celebración y reivindicación de un turista hoy completamente denostado. Otras imágenes y textos nos remiten a las huertas urbanas, tan de moda en la actualidad y tan poco “glamurosas” entonces, o a los carriles bici y al río como espacios de disfrute, igualmente defenestrados durante décadas. En la vertiente surrealista (por la imagen en sí o por el hecho de aparecer en una guía municipal) encontramos, como reza el pie de foto, a una “pamplonesa congelada”, una muñeca de nieve a la que se le ha dado curvada forma sobre uno de los bancos de piedra del kiosco de la Plaza del Castillo, o una festiva y colorida manifestación ecologista donde se está prendiendo fuego, en la plaza consistorial, a una suerte de maqueta de fábrica hecha de varillas metálicas y papel.

Esta mezcla de intuición y provocación tenían un objetivo claro, llamar la atención e interpelar a los lectores sobre la urgencia y la oportunidad de intervenir en los temas tratados. En este sentido, los lectores jamás son considerados como inferiores, sino como personas capacitadas para comprender sus argumentaciones. Aunque la redacción nunca pierde la pretensión de enseñar, de iluminar sobre temáticas concretas en los que el autor se ha metido a fondo, con el objetivo de ser “el que más sabe”, sea esto los Sanfermines, la energía nuclear, las rentas de inserción o las nuevas ciudades de playa. Asimismo, entre sus destinatarios está un perfil más concreto de lector, aquel que quisiera movilizarse y que tuviera posibilidades de transformar la realidad, tanto fuera como dentro de las instituciones.



Pamplonesa congelada



Movilización ecologista



Elogio al guiri sanferminero

Imágenes: Gaviria, M. y otros (1985). Pamplona/Iruña. Pamplona, Ayuntamiento de Pamplona.

En quinto lugar, respecto a su quehacer como escritor no cabe más que decir que Gaviria cumplía también con ese estilo artesanal con el que abordaba la investigación ya desde el diseño del proyecto. En este sentido, no prestaba demasiada atención a lo formal. No le importaba que la redacción no estuviera demasiado cuidada, que no hubiera equilibrio entre apartados o entre párrafos, que hubiera reiteraciones y alguna que otra contradicción. O, dicho de otro modo, asumía que él no escribía para deleitar al lector sino para ganarlo para su causa. La que fuera. El formalismo de la academia y las nuevas modalidades de comunicación le resultaban tediosas. Por ello, solía imponerse el estilo de informe de consultoría (al menos el de los años 70 y 80), es decir, sin fuegos de artificio digitales, sin *PowerPoint*, músicas, vídeos ni demás accesorios.

Él creía que el texto lo explicaba todo y no necesitaba más, a no ser una tabla o cuadro que corroborara sus afirmaciones o una imagen que pudiera decir más que un texto explicativo. Eso sí, intentaba ayudar al lector con fórmulas peculiares (sobre todo por el exceso en su uso): imposibles títulos de capítulos o apartados de cinco o seis líneas, abundantes subrayados y sobre todo negritas (muy de consultor) recordando que un técnico o un político que fuera a leerle no tiene tiempo y va al resumen, a las claves, y había que tenerlas claras y, finalmente, extractos de entrevistas o citas de otros autores que en casos podías ocupar páginas enteras, en lo que supone o una pereza por el análisis o la paráfrasis o la asunción de que si alguien ya lo había dicho y mejor de lo que podía decirlo uno, para qué ir más allá de lo citado, eso sí, siempre reconociendo la procedencia el texto.

Mucho que ver con el formato de sus textos tiene el modo en que se plasmaba sobre el papel su pensamiento: vía dictado a su "magnetófono" y de ahí vía "mecnógrafo". Pocas veces escribió una página con máquina de escribir o con ordenador. Decía que era un retraso de la humanidad utilizar los dedos para escribir, en lugar de utilizar la voz. De hecho, nunca llegó a manejar un correo electrónico (si lo necesitaba pedía a un amigo o a su cuñado Gonzalo que le enviaran tal o cual mensaje) y el teléfono fue su medio de comunicación predilecto. Cuando se le llamaba para charlar o consultarle cualquier cuestión, si estaba disponible solía atenderte con la mayor de las amabilidades. Y siempre lo hacía del mismo modo, incluso cuando llamaba él: primero preguntaba y escuchaba, con paciencia. Interrogaba por todos los miembros de la familia y por todos los amigos comunes. Luego venía su turno y lo aprovechaba al extremo, hasta que solía llegar, mucho tiempo después, el momento de cerrar la conversación, no de una forma programada sino de modo abrupto. Haciéndote cargar con la responsabilidad de una charla tan extensa, sin muchos miramientos se excusaba: "venga, chaval, que tengo que cortar, que no me va a dar tiempo a hacer lo que tengo programado". Esos asuntos pendientes normalmente se concretaban en tres tareas: una visita a la que atender, un partido de fútbol de la Champions que ver en la tele y, cómo no, estar "redactando" un texto en su grabadora de micro-cassete ("empieza con mayúscula", "después coma", "fin de frase", "punto y aparte", "comillas"... silencio de muchos segundos para reflexionar —"eh, eh, eh"— hasta que se retoma el relato), la cual solía enviar por correo postal a su "mecnógrafo" (estuviera en Benidorm, Madrid o Zaragoza), en casos con el "magnetófono" incluido pues no era fácil encontrar uno: ¡Pura artesanía!

En corto

La fama que le precedía

Tras un primer contacto literario con Mario en el contexto familiar, vino el momento de la aproximación a su persona en el periodo universitario cuando realicé mis estudios de licenciatura en Sociología en la Universidad Pública de Navarra. Entonces era reconocido sobre todo como un pope del Trabajo Social preocupado por la acogida de la población inmigrante y por la convivencia entre lo que llamaba la población autóctona y alóctona. Uno de los primeros eventos en que lo vi en acción fueron unas jornadas de intercambio entre estudiantes de la Universidad Pública de Navarra y la Universidad de Toulouse. Y, claramente, jugaba el papel de líder, de dinamizador carismático que recurría a la calidez y al humor pero que también destilaba mal genio cuando algo no salía como lo había planificado (pongo por caso una traducción simultánea del francés al castellano que no le parecía lo suficientemente fluida o fidedigna).

Su fama como profesor también le precedía. Amado y odiado en este aspecto sabía bien cómo resolver el entuerto. Era magnánimo: el primer día de clase anunciaba un aprobado general e invitaba a quien no tuviera más interés en lo que fuera a contar que no volviera a pasar por el aula. Quien quisiera aprender, como decía él, era bienvenido. Cómo no, la cosa iba de "análisis concreto de la realidad concreta" y de alergia y pereza antes las pedanterías, tics y oscurantismos académicos. Consecuencia de esto fue, por un lado, la traslación de su dinámica de trabajo en equipo y desplazamiento al terreno al ámbito de las asignaturas que impartía: hornadas de alumnos y alumnas saben lo que es pasar unos días en su casa de Cortes, su pueblo natal, no teniendo muy claro si aquello era el campamento de fin de curso o un retiro espiritual de trabajadores sociales. La propia duda generada era un éxito del método de Mario ya que se lograba ver el trabajo como disfrute y la investigación social como actividad compartida y como aprendizaje sobre el terreno. Otra promoción, la de 2000, tuvo la ocasión de bajar a El Ejido (Almería) para, cómo no, sobre el terreno investigar qué estaba pasando en el conflicto entre la población autóctona y los trabajadores inmigrantes de los invernaderos. Esto serían las mejores prácticas y el mejor master no reglado que muchos de aquellos estudiantes harían.

Por otro lado, su postura antiacadémica le valió tener una relación muy difícil con la institución universitaria. Era un juego de desprecios y reconocimientos mutuos, de no querer y de obligar a pasar por el aro. Es así como se entiende que no le importara trabajar en infinidad de entes formales e informales desde los cuales enseñar y producir conocimiento sea en CEISA, en la Universidad Politécnica de Madrid o en su asentamiento formal en la Universidad Pública de Navarra. Sin embargo, decía que no pudo, aunque tampoco quiso, ser doctor, lo que le hubiera valido conseguir una mayor estabilidad laboral y económica. Pero a su vez estuvo dispuesto a concursar tres veces, como recordaba con amargura, por la misma plaza (en las sucesivas reconversiones de la misma) en el Departamento de Trabajo Social de la Universidad Pública de Navarra. También escribió textos fundamentales para distintas disciplinas que nunca fueron ni serían homologables a los criterios de las publicaciones científicas. Muchas de estas vicisitudes son un común denominador de toda una generación que se mueve dentro y fuera, a favor y en contra de la institución académica, negando y plegándose ante

la misma: es la historia de los Jesús Ibañez, Alfonso Ortí, Ángel de Lucas o el propio Mario.

Otra faceta suya conocida por mí en este periodo universitario fue la de pionero de la sociología urbana y rural en España, así como introductor de Henri Lefebvre para el lector en lengua castellana. Fue Jesús Oliva, uno de mis maestros en estas materias y discípulo de otro afrancesado “hijo del 68” como Gaviria, Josechu Mazariegos, quien subrayara la figura de Mario como un hombre interdisciplinar capaz de captar, a pie de calle, las problemáticas fundamentales del momento (sin encasillamientos artificiosos) y, a su vez, de incorporar el pensamiento de autores clave como sin duda lo fueron Henri Lefebvre⁴ o Jane Jacobs⁵. Es ahí cuando descubro que ese señor ya entrado en años, con aspecto de abuelo bonachón, había buscado y reunido los textos que dieron forma a *De lo rural a lo urbano* (1970) o quien prologó *El derecho a la ciudad* (1968) o, por poner otro ejemplo, quien había dirigido y escrito los estudios para un ecléctico e iluminador *Campo, urbe y espacio del ocio* (1971).

El café Iruña

Acabados ya mis estudios de licenciatura y con Mario habiendo abandonado ya la universidad y comenzando a recibir reconocimientos como el Premio Nacional de Medio Ambiente en 2005 o el I Premio Sociedad y Valores Humanos del Colegio de Sociología y Politología de Navarra en 2006, llegó el momento de conocerlo cuando le propuse realizar una de las entrevistas de mi tesis doctoral, acerca de la producción de espacios públicos en la ciudad de Pamplona. Nos citamos en el Café Iruña, uno de los locales más emblemáticos de Pamplona, a las once de la mañana. Venía con cara de pocos amigos, con una americana crema que sobresalía bajo un anorak rojo y arrastraba algo los pies. “Estoy mal dormido”, dijo. Mal empezamos, pensé yo. Sin embargo, desde un inicio todo fueron amables disculpas por su parte. “Vine ayer de Zaragoza, he pasado noche en mi casa [un enorme apartamento en el bello edificio de La Agrícola, sito en la plaza San Francisco, que funcionó como auténtica embajada gaviriana] y le cuesta muchísimo calentarse y he pasado un frío horrible. Pero dime lo que quieras, tengo todo el tiempo del mundo”. Y vaya si lo tenía. También tuvo paciencia y empatía para ponerse en mi lugar o, al menos, para esforzarse por entender qué es lo que quería obtener de él. “A ver, antes de empezar, dime qué es lo que quieres, sobre qué estás investigando”. Yo intentaba encauzar la entrevista, con la grabadora ya sobre la mesa pero no dejaba de responder a sus preguntas. Todo seguía los ritmos establecidos por el ejercicio de seducción de Mario que combinaba el palo del “ipero si quieres hacer la tesis sobre todo, tendrás que centrarte!” con la caricia del “ipero si lo sabes ya todo!”. Finalmente, aún intimidado por lo que representaba su figura, logré plantear las primeras preguntas, un tanto erráticas pero que permitieron ir avanzando en la entrevista. Pasadas las dos horas comprobé que aquello no tenía visos de acabar pronto. De hecho, acabó proponiéndome “oye, ¿por qué no comemos juntos aquí y luego seguimos charlando?”. Así fue. La entrevista colmó las expectativas que tenía en cuanto a contenido, pero fue mucho más allá.

4. Lefebvre, H. 2013 [1974]. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing; 1968 (2017). *El derecho a la ciudad*, Madrid: Capitán Swing.

5. Jacobs, J. 2011 [1961]. *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing.

Por momentos comprobaba que Lefebvre le quedaba ya lejos. Le daba pereza, no por las temáticas a tratar sino por hacer referencia a un amigo que ya no estaba y con el que había disfrutado y aprendido mucho. Por suerte, con el tiempo conseguí revertir tales reticencias y confirmar que ese aparente desdén simplemente era una invitación a introducirse en un escenario menos previsible y más ambicioso del pensamiento. Con toda la llaneza del mundo dejaba ver que la perspectiva crítica desde la cual proponía yo analizar la realidad de Pamplona no le entusiasmaba. Le parecía demasiado facilona, *naif*. "Los 'progres' lo tenéis muy difícil en Pamplona", decía. "Pamplona es una ciudad europea y eso se nota en cuanto llegas, no tenéis mucho de qué quejaros en comparación con otras muchas ciudades. Si miras Zaragoza, está diez años por detrás de Pamplona en todo. Y ni punto de comparación con la Ribera de Navarra. Y solo hay que ver de dónde venimos. De la ciudad que estudiamos en el libro [*El espacio de la fiesta y la subversión*] hoy queda muy poco". Todo ello solía aderezarlo con una frase que tiene mucho de verdad pero que en parte conducía a una trampa que bloqueaba cualquier crítica posible: "Joder, qué me vas a decir a mí ahora, que yo conocí las cartillas de racionamiento. Por eso, siempre digo que hay que pensar con perspectiva histórica". En fin, Mario animaba a no sucumbir al alarmismo ni a plegarse a la crítica superficial pero a su vez parecía no dejarte cuestionar las dificultades o problemáticas presentes por considerar que las mismas no estaban a la altura de otros momentos históricos más complejos. Con todo, su inconformismo respecto al "pensamiento establecido", fuera del tipo que fuera, resultó un gran aprendizaje. Era la sana invitación a poner en cuestión la perspectiva crítica (muchas veces reducida a etiqueta autoasignada) cuando, con demasiada frecuencia, transita la autorreferencialidad y la autocomplacencia. Esta resistencia a plegarse a un plano único de análisis es algo que me producía gran incomodidad, me sacaba de la lógica desde la que trabajaba pues, en parte, exigía tener más respuestas de las previstas planteadas, más puntos de vista que abordar. Lejos de convencionalismos y estereotipos, lejos de planteamientos unívocos, Mario proponía permanentemente nuevas líneas desde las que interpretar la realidad.



Fotografía: "Socioantropólogos de lo urbano y de la fiesta". De izquierda a derecha: Mario Gaviria, José Ignacio Homobono, Catherine (sra.) de Lefebvre, Henri Lefebvre y Claude Gaignebet. La fotografía está realizada la sociedad gastronómica Gaztelu Leku (Pamplona-Iruña), durante los Sanfermines de 1982. Fuente: Homobono, J.I (2013) "Henri Lefebvre, un clásico pensador de lo urbano, recuperado" ,pp. 19.34 en *Zainak*, nº 34.



En el estudio de su casa de Cortes (Navarra). Verano de 2015.

La entrevista transitó infinidad de temas, cuando ya hacía un rato que había dejado de ser una entrevista. En no pocos momentos el lugar que nos acogía, el Café Iruña, se convirtió en protagonista de la conversación, lo cual conectaba a su vez con las fiestas de San Fermín, uno de los acontecimientos sociales más disfrutados y admirados por él. Era la apoteosis de la apropiación del espacio y del tiempo por parte de los habitantes y visitantes de la ciudad donde el ritual y el caos se entremezclaban. Era el momento donde se festejaba en comunidad de una forma más gráfica, incluso a través de la vestimenta: todas y todos de blanco y rojo. También era una maravillosa celebración del comer, del beber y del bailar. Eso sí, con poco sexo, recordaba. Los sanfermines era una fiesta “de trago largo y coito corto”. Con todo, San Fermín era el ejercicio del derecho al disfrute como parte fundamental del derecho a la ciudad. Quien mejor había reflejado este escenario, hace ya casi cien años, fue un asiduo al Café Iruña como Ernest Hemingway⁶. Ese Café Iruña también recibió la visita de Henri Lefebvre de la mano de Mario. Junto a su mujer Catherine disfrutó de la música en la calle, las sociedades gastronómicas y el tendido de Sol de la plaza de toros donde se sitúan las peñas de San Fermín. Allí ya con 82 años Lefebvre se convirtió, como otro cualquiera, en objetivo de las bromas de mejor o peor gusto, de los mozos y mozas de las peñas las cuales culminaron con el lanzamiento sobre Lefebvre de un gran cubo de agua con hielos utilizado para refrescar las bebidas y con Mario y otros amigos trasladando al octogenario a casa para recibir un baño de agua caliente. Gajes del oficio. Las consecuencias del goce festivo.

6. Hemingway, E. 2003 [1926]. *Fiesta*. Barcelona: Debolsillo.

Mucho antes de terminar la entrevista, que se demoró hasta bien entrada la tarde, pero como hito más rocambolesco de la misma, y que simplemente confirmaba que Mario era una persona inclasificable, me espetó sin yo esperarlo un: "oye, ¿por qué no te vienes conmigo a Benidorm?". La cosa no sonó tan mal en su contexto como cuando se lo comenté a unos amigos: un señor de cerca de setenta años me ha ofrecido irme con él a Benidorm una temporada. Esa invitación fue tan peculiar como en realidad lo eran Mario y la propia ciudad de Benidorm. Tanto con él como con Benidorm el juego era luchar contra los prejuicios que se les situaban delante. Desde los prejuicios, Mario era el rojo que se había vuelto conservador o que, como poco, andaba un poco gagá y Benidorm era el lugar cutre a donde iban los viejos y los pobres de Europa, víctimas aparentemente ignorantes (para eso eran de clase trabajadora y se les podía engañar con facilidad, podría pensarse), del turismo de masas.

Benidorm o el derecho al disfrute de la clase trabajadora

Dos frases inauguran el viaje a Benidorm. Para empezar me dijo "ahora vas a hacer el verdadero Master en Urbanismo que nunca has hecho y en el que más vas a aprender". Resultaba algo pretencioso, pero con el tiempo considero que quizá no se equivocaba. La siguiente afirmación fue toda una declaración de intenciones sobre el quehacer gaviariano: "que te quede claro, vienes a aprender, no te voy a pagar, pero estate tranquilo, porque tampoco te voy a cobrar". En el fondo, estaba hablando de pagar con su bien más valioso y a la vez escasamente valorado por la academia y las instituciones: su conocimiento acumulado. De igual modo, transmitía que no tenía otro modo de pagar (aunque sí permitía que el viaje le saliera al neófito a costo cero) y que no contaba, por ende, con un respaldo institucional para investigar. Y es que Mario investigaba por amor a la investigación y por el anhelo de cambiar la realidad que investigaba. De hecho, como comprobé en más de una ocasión, muchos de sus proyectos comenzaban por un encuentro informal entre él y algún representante institucional (pongamos por caso una comida o un café donde las partes se tanteaban) y, antes de que ese encuentro hubiera dado paso a un acuerdo formal posterior, él ya había decidido inicial su investigación. Era capaz de pedir créditos a los bancos para pagarse hoteles, lavanderías y desplazamientos para trabajar en un proyecto durante meses y cerca del final de la investigación dudar sobre si el ayuntamiento había aprobado una partida para ese estudio y si finalmente le iba a pagar. En Benidorm, por ejemplo, llegó a estar en una habitación de hotel más de ocho meses. En un estudio en la Ribera de Navarra invirtió más de un año de su tiempo. Eso sí, luego peleaba por su trabajo y reivindicaba la honestidad y el valor de su producción. Si se le había pedido estudiar algo ahí estaba el resultado.

Su invitación para ir a Benidorm se enmarcaba en una propuesta por parte del Ayuntamiento de la localidad para darle un giro a la política urbana de la ciudad. En cierto modo Mario era un gurú del planeamiento urbano y, sobre todo, uno de los pocos que defendía sin vergüenza el llamado "modelo Benidorm". Por ello lo consideraban un valor seguro que iba a incidir, como solía hacer, en las bondades de la ciudad alicantina. Sin embargo, la gente parecía olvidar que también era un incordián y que no iba a trabajar por trabajar ni, si llegaba el momento, a cobrar por cobrar. Movilizó a todo el per-

sonal del Ayuntamiento, convocaba reuniones continuas con decenas de funcionarios para conocer los entresijos del consistorio y para que le explicaran cómo funcionaba la ciudad. Algo parecido ocurría a pie de calle, cuando abordaba a señores o señoras mayores que iban o venían de hacer la compra para preguntarles qué recorridos serían los más adecuados para ir de su casa al supermercado evitando las cuestas y escaleras que exigían cruzar el parque de L'Aigüera, y qué les parecía la vegetación del parque y que si se paraban a descansar o preferían ir a otros sitios. Con paciencia, con aparente ingenuidad, apretaba a los informantes hasta obtener de ellos toda la información posible. Muchas de las conclusiones alcanzadas no tenían por qué ser del agrado del equipo de gobierno. En ciertos casos Mario asumía con resignación que algunas propuestas no iban a ser realizables, pero en otros se empeñaba hasta poner en riesgo el trabajo final y amenazar con renunciar a su labor si no eran atendidas.

Cuando acepté viajar a Benidorm, él fue quien me puso una primera condición: debía viajar en autobús desde Pamplona. El objetivo era triple: el viaje a él le iba a salir más barato, al medioambiente le iba a suponer un menor impacto que el viaje en coche (para esa distancia y viajando solo, no era energéticamente sostenible el coche, decía) y, finalmente, en el autobús podía comenzar a estudiar a la gente que viajaba hasta Benidorm.

Al llegar a la tarde-noche al hotel Poseidón donde nos alojaríamos, yo pensaba ya en cenar algo y terminar la jornada. Nada más lejos de la realidad. Él ya no estaba en el hotel. Me citó en un bar próximo que contaba con grandes pantallas donde se proyectaba un Barça-Madrid. Se levantó y con una sonrisa de oreja a oreja, me recibió con un abrazo. "¿Qué quieres tomar?". Una cerveza. "Siéntate, mira qué gusto da ver esto". El bar estaba repleto de españoles y extranjeros viendo el partido. Charlamos. No demasiado. "Para ver el fútbol hay que estar tranquilo y concentrado. Luego seguimos hablando". Después cenamos. Ahora sí pensaba que llegaba la hora de la retirada a descansar. Craso error. Estaba a punto de llegar otro compañero: Luis Calavia. Él ya había cenado así que de allí, cerca de la medianoche, nos fuimos a un sitio al que Mario, ya ansioso, deseaba llevarnos. Un auténtico pub británico, con auténticos camareros británicos, con auténtica música británica, con auténtica cerveza británica, con auténtica clientela británica. Allí nosotros tres éramos los auténticos guiris. Antes de tomar asiento, pedimos unas pintas y nos dejamos llevar por lo que Mario describía como "un maravilloso espectáculo". Yo no tenía muy claro qué había en aquello de maravilloso, sin embargo, poco a poco comprobé que la gente parecía estar disfrutando muchísimo. La primera enseñanza de Mario se produjo sin que él pronunciara palabra alguna: hay que aprender a mirar.

Al día siguiente la cosa no iba a ser más tranquila. Desayunamos temprano y de allí al Ayuntamiento. Se esforzaba como el que más. No actuaba como un figurín. Convocaba las reuniones, las preparaba, las grababa, se preocupaba porque hubiera registro fotográfico. Tomaba notas, te hacía tomar notas. Preguntaba, repreguntaba y reflexionaba en voz alta hasta quedarse satisfecho, hasta entender qué se le decía y hasta agotar a los interlocutores. A esas reuniones asistieron cargos políticos, técnicos municipales de lo más variopintos (desde la policía local, hasta los biólogos ocupados de la calidad del aire y del agua) pasando por ingenieros, periodistas, hoteleros, comerciantes, vecinos y, claro es, turistas. Luego redactaba (dictaba) como uno más.

Según los días, hacíamos conteos para conocer el grado de uso de determinadas calles. Otros días tocaba merodeo por el rastro de antiguo a las afueras de la localidad. Otro, estudiar y diseñar un sistema de autobús urbano que accediera a la Creu. Otro más, subir a una zona de viviendas sociales levantadas en la década de 1970 y evaluar las condiciones de vida de sus residentes. Finalmente, acabábamos día sí y día también en alguno de los bares del paseo marítimo de la playa de Levante —“la buena”, que diría Mario— como es el caso del *Heartbreak*. Allí tocaba sacar el cuaderno, acomodarlo entre las cervezas y tomar notas: “apunta todo lo que veas y todo lo que se te ocurra”. Él disfrutaba de la música en directo y lo hacía aún más cuando veía a los demás gozar cantando, bailando y tomándonos el pelo por ser los bichos raros del local. Era el material bruto para una reunión, un artículo o una propuesta sobre espacios exitosos que podrían servir de ejemplos para otros lugares donde la gente quisiera disfrutar y pasarlo bien.

Sin embargo, estas estancias con Mario en Benidorm también fueron un ejercicio de evocación de sus anteriores periodos en la localidad y de sus reflexiones sobre los espacios del placer. Es ahí donde fueron creciendo en mí ciertos recelos sobre su enfoque presente respecto a estos espacios tal como los describía él ahora, alejados en cierto modo de sus planteamientos iniciales, por ejemplo, en España a go-go (1974)⁷ y, a la par, donde me rendí ante la finura de su análisis al desmontar los prejuicios elitistas que se habían confeccionado durante décadas contra Benidorm.

Respecto a lo primero, cabe recordar que quien leyera y escuchara a Mario podía detectar diferencias, pero sustancialmente nos encontrábamos ante una misma mirada sobre Benidorm con elementos de crítica, elementos de elogio y planteamientos de transformación en positivo. Nunca cuestionó el turismo y menos el turismo de masas. En cambio lo concibió como un derecho humano, como un aporte del estado del bienestar (ejemplificado en las vacaciones pagadas y en particular en los viajes del IMSER-SO). Aquello puede leerse como parte de las lógicas de una sociedad de consumo dirigido, como un espacio de reproducción social, pero Mario lo pensaba sobre todo como un escenario en el cual la gente, en un enclave geográfica y térmicamente excepcional, lograba disfrutar del estar juntos, del rejuvenecer bailando, del desinhibirse y del fundamental goce del sol y del mar. “No sé qué tiene de malo ser un país de camareros”, decía, buscando provocar y no tanto. “Es el complejo de sentirse servicio de los demás. Si se obtiene un trabajo no precarizado, dónde está el problema”.

En su momento fue muy crítico con las condiciones laborales de los trabajadores del ámbito del turismo y del ocio (“los braceros del turismo” los llamó) o con las estrategias de los touroperadores extranjeros como grandes modificadores del territorio. Estas facetas no desaparecían de su argumentario en la actualidad pero sí parecían perder fuerza. Transmitía sentirse derrotado en este ámbito, lejos, por ejemplo, de su combatividad antinuclear, y prefería incidir en el disfrute de las personas. Sobre ese derecho al disfrute. Por ello, quería reivindicar la voz de los turistas, trascendiendo pues su imagen como borregos ignorantes (véase por ejemplo las caricaturizaciones que se han ido construyendo en programas de televisión como *Callejeros Viajeros*, particularmente del caso de Benidorm) y destacaba las mejoras que se habían ido produciendo desde

7. Gaviria, M (Dir.) 1974. *España a go-go. Turismo chárter y neocolonialismo del espacio*. Madrid: Turner.

que él llegó a la localidad por primera vez tanto en la calidad de los servicios, en el tratamiento de residuos como en las condiciones laborales. Todo ello sin considerarlas ni mucho menos idílicas. No puede olvidarse en este sentido que nuestro estudio se tituló “Enamorados de Benidorm”.

Respecto a lo segundo, a la deconstrucción de los prejuicios elitistas sobre Benidorm, considero que este es uno de sus grandes aportes. Sin duda, esta cuestión no debe velar los problemas planteados en el primer caso, pero conviene subrayar cómo también aquellos problemas que sin duda se han producido y se producen en Benidorm y en otras localidades turísticas (condiciones laborales muy mejorables, riesgo de deterioro medioambiental, etc.) actúan en parte como espoleta para justificar el desprecio a un tipo de turismo calificado como cutre y con ello a un perfil social que elige este espacio para el disfrute como podía elegir el turismo de interior o el turismo cultural. A esto habrá que sumarle otros argumentos que estaban lejos de convencer a Mario y que se refieren a un Benidorm —el de la expansión urbana en baja densidad— que él jamás reconocía como parte del “modelo Benidorm” sino como una degradación del mismo en el marco del boom del ladrillo de finales del siglo XX al que acompañaron atrocidades como Terra Mítica y otros pelotazos inmobiliarios o los grandes resorts de lujo que nada tienen que ver con el turismo popular que ha triunfado históricamente en la localidad. Si Owen Jones ha subrayado recientemente cómo se demonizaba a la clase obrera británica en su reconocido *Chavs*⁸, Mario Gaviria puso hace ya décadas sobre el tapete la demonización de los espacios del disfrute de la clase trabajadora española y europea. Y, dándole la vuelta, encarnó la reivindicación de los mismos, sin complejos, aún sin olvidar la necesidad de replanteamientos en ámbitos como el laboral o el medioambiental.

Como cierre de aquellas estancias en Benidorm debo recordar la visita “compensatoria” a algunos iconos arquitectónicos de la zona (al margen, claro, de los rascacielos). Nos trasladamos a Calpe, a la urbanización de la Manzanera donde se localizan cuatro proyectos experimentales de Ricardo Bofill: Xanadú, la Muralla Roja, Plexus y el Anfiteatro). Parte de estos proyectos suponen un ejercicio de lo que Lefebvre y Mario llamaban utopías concretas, intentos (más o menos exitosos, más o menos fallidos según las circunstancias y según la propia vivencia de cada edificación) donde sobre todo se pretendía romper con la lógica del edificio-vivienda compartimentada y aislada, para promover la simultaneidad y la intersticialidad, con espacios comunes, de interconexión, de tránsito y encuentro en medio de los edificios, con posibilidades variables según las circunstancias y los deseos de los usuarios. En fin, la fascinación y seducción de estas construcciones y de los planteamientos que los motivaron no colman el apartado dionisiaco que Mario buscaba. Por ello merece la pena subrayar cómo antes de concluir nuestra visita a la Manzanera hizo que dirigiera mi mirada a un acantilado donde se encontraban los escombros de lo que se supone fue un Club Social, diseñado también por Bofill en ese ejercicio de experimentación creativa. Allí, como un auto homenaje al goce gaviriano me recordó, con la misma nostalgia que generaba tal espacio, un tórrido encuentro amoroso con una joven al reparo de los muros de ese Club Social ahora completamente en ruinas.

8. Jones, O. 2011. *Chavs. La demonización de la clase obrera*. Madrid: Capitán Swing.

A modo de cierre

Tras aquella experiencia iniciática con Mario fueron otros muchos los proyectos en los que colaboramos. Bien es cierto que él andaba empeñado en ejercer de oráculo de nuestra sociedad, cosa que siempre se le dio bastante bien, en este caso con los conflictos de convivencia e identidades en España en particular y a Europa en general. Yo por mi parte seguía interesado en su faceta urbana y en su reflexión sobre los espacios del disfrute. En esto como en tantas otras cosas también fue enormemente generoso pues no cerró esa puerta sino que la concibió como el modo en que pudiéramos seguir colaborando: cuando le llamaban para participar en algún concurso de urbanismo, me avisaba, si teníamos que trabajar en algún proyecto acordábamos que yo me encargaba de cuestiones de vivienda o en general del análisis de los espacios urbanos. Si le pedía ayuda con algunas lecturas y discusiones sobre Lefebvre allí estaba, hasta intentar ir más allá de su maestro, sobre todo en lo relativo a los espacios del disfrute, donde consideró que Lefebvre se había situado en una dimensión demasiado etérea, demasiado filosófica. En el caso de diseñar una propuesta para el desarrollo socioeconómico de la Ribera de Navarra donde el semidesierto de las Bardenas Reales tenía un papel estratégico me invitaba a que reflexionáramos sobre la función de los paisajes como generadores de emociones, apoyándonos en las lecturas de Joaquín Araujo⁹ o Joan Nogué¹⁰ pero también en las del maravilloso “solitario del desierto” Edward Abbey¹¹. Por no hablar de las sugerentes apelaciones a La Habana como espacio de la gozadera (suma perfecta de sexo, baile y ron) inspiradas en sus visitas a la capital cubana o en otras lecturas como las del apasionado y desgarrador Pedro Juan Gutiérrez y su *Trilogía sucia de La Habana*¹². Esas conversaciones eran enormemente reconfortantes pero también eran un verdadero peligro ya que, bien fuera en su casa de Zaragoza bien fuera en su refugio de Cortes, las dificultades para concluir las convertían la escena en un trasunto de *Ángel Exterminador* buñueliano. Ahí estaba la puerta de salida. Mario no oponía resistencia física ni había cerrado con llave, pero parecía imposible salir: si no era porque la propia conversación te atrapaba, el freno se encontraba en un Mario que constantemente contrataba: “mira, has venido con prisa y eso es lo peor que hay. Otra vez no vengas con prisa. Ahora se te va a hacer tarde. Mejor quédate a cenar y a dormir y así terminamos lo que estamos hablando y mañana estás de vuelta en Pamplona a primera hora”. La lógica siempre era la misma, ir con calma y saborear las conversaciones y los momentos hasta el extremo. Sin fin.

9. Araujo, J. 2015. *El placer de contemplar*. Barcelona: Carena.

10. Nogué, J. (Coord.) 2008. *El paisaje en la cultura contemporánea*. Madrid: Biblioteca Nueva.

11. Abbey, E. 2016. *El solitario del desierto. Una temporada en los cañones*. Madrid: Capitán Swing.

12. Gutiérrez, P. J. 1998. *Trilogía sucia de La Habana*. Barcelona: Anagrama.

Mario Gaviria y la arquitectura del placer

Łukasz Stanek¹

University of Manchester



Fotografía: Mario Gaviria conduciendo con Lukasz Stanek (2013).

Leí por primera vez el nombre de Mario Gaviria hace más de diez años en la portada de la antología *Du rural à l'urbain*, de Henri Lefebvre, publicado en 1970 y editado por Gaviria. En aquel momento yo estaba trabajando en mi libro centrado en los estudios empíricos de Lefebvre en sociología rural y urbana², prácticamente inéditos y ampliamente desconocidos, así como en sus intercambios con arquitectos y planeadores urbanos. Además de las encuestas archivadas en Francia y otros lugares, este trabajo implicó realizar extensas entrevistas con amigos y colaboradores de Lefebvre, muchos de los cuales compartían un «parecido de familia»: inteligencia, apertura de mente, generosidad, curiosidad y un cierto enfoque oblicuo frente a las carreras académicas estándar.

Ninguno tanto como Gaviria. Fue estudiante de Lefebvre en Estrasburgo a principios de los años sesenta, y más tarde se convirtió en su colaborador y amigo. Cuando llegué a Zaragoza en septiembre de 2008, Gaviria me contó sobre su amistad y sus colaboraciones³. A mediados de la década de los sesenta, había aplicado las ideas de Lefebvre

1. Traducción de David Prieto Serrano (Comité Editorial de Encrucijadas).

2. Stanek, Ł. 2011. *Henri Lefebvre on Space: Architecture, Urban Research, and the Production of Theory*. University of Minnesota Press.

3. "Interview with Mario Gaviria" (en francés). En <http://www.henrilefebvre.org> (2 de febrero de 2013).

a la investigación urbana en la España franquista, incluyendo tres análisis sobre los nuevos barrios periféricos de la ciudad de Madrid⁴. Estos estudios se llevaron a cabo en el marco del Seminario de Sociología Urbana (posteriormente Seminario de Sociología Urbana, Rural y del Ocio), en el que Lefebvre fue un invitado habitual. En lugar de reducir el diseño urbano a la circulación, la insolación y la composición formal de volúmenes, Gaviria abrazó la complejidad y la ambigüedad de la vida urbana, en línea con *El Derecho a la ciudad*, de Lefebvre (1968). Un libro que Gaviria presentó a los lectores españoles en 1969.

En la búsqueda de una noción reinventada del urbanismo en una sociedad que iba más allá del fordismo, puso el foco en las nuevas ciudades turísticas de la costa mediterránea española, como Benidorm. Para Gaviria, como para Lefebvre, el perímetro del Mediterráneo era un espacio en el que el modo de urbanización de la posguerra mundial se revelaba "en lo mejor y en lo peor". La urbanización turística exacerbó las contradicciones de la totalidad social, mostrando las contradicciones de las fuerzas antagónicas que operan en su interior. En su trabajo sobre Benidorm⁵, que escandalizó a críticos tanto a la izquierda como a la derecha, Gaviria argumentó que los espacios del turismo de masas no podían reducirse a la extracción del valor, al circuito secundario del capital y la reproducción de la clase trabajadora. Eran todo eso, pero también algo más, ya que en estos espacios se hacían palpables las promesas más extraordinarias de la modernidad.

Ese era el punto de partida para el estudio sobre la "arquitectura del placer", encargado por Gaviria a Lefebvre, en el contexto de una investigación financiada por la Fundación March⁶. Sin embargo, el texto presentado por Lefebvre en 1973 con el título "*Vers une architecture de la jouissance*" le decepcionó. Gaviria consideró que el libro se disipaba en "utopías abstractas" históricas, como las fantasías productivistas de Fourier, y no prestaba suficiente atención a la "utopía concreta" que tenían frente a sus ojos en la costa mediterránea. En ese sentido, Gaviria decidió no publicarlo, y el libro permaneció como un manuscrito hasta que le convencí para que me permitiera editarlo y publicarlo en inglés en 2014⁷.

Table des matières

Chap. I | L'urbanisme
et la circulation

" II | Outils (médiums) de l'urbanisme
Pour la circulation de l'air

" III | Le Ouvert
à l'air

IV | L'objectif
de l'urbanisme

V | La question de la pollution
de l'air

VI | L'impact de l'urbanisme
sur la circulation
de l'air

VII | La question de la pollution
de l'air
de la psychanalyse ?

VIII | L'urbanisme
et la circulation
de l'air

IX | L'urbanisme
et la circulation
de l'air

X | L'urbanisme
et la circulation
de l'air

XI | Conclusion

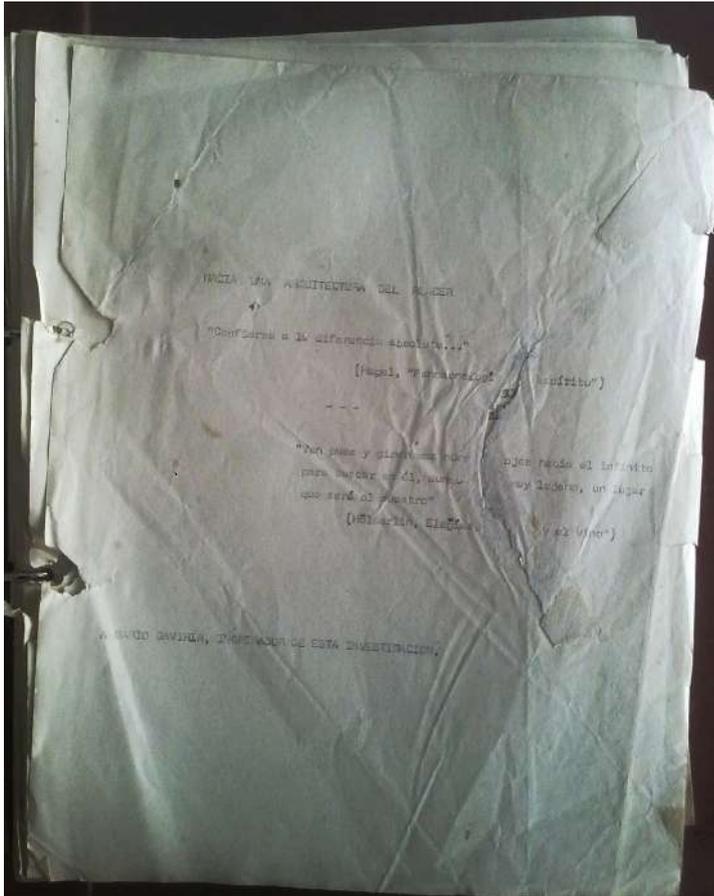
Fotografía: Portada del manuscrito "*Vers une architecture...*" de Lefebvre (1973).

4. "La ampliación del Barrio de la Concepción" (1966), *Gran San Blas* (1968) y "Análisis sociourbanístico de la zona de Fuencarral" (1969). Una síntesis de estos estudios se encuentra en el artículo "Les nouveaux quartiers périphériques des grandes villes espagnoles" (1970), traducido al castellano en el libro *Campo, Urbe y Espacio del Ocio* (1971).

5. Entre las publicaciones derivadas de sus estudios en Benidorm, destaca *Benidorm, ciudad nueva* (1978).

6. "Estudio ecológico de las concentraciones urbanísticas creadas en España durante los últimos años como centros receptores de turismo" (Fundación March, 1971).

7. "*Vers une architecture de la jouissance*", traducido del francés por Robert Bononno y editado por Łukasz Stanek, fue publicado por University of Minnesota Press en 2014.



Las necesidades, no obstante, se manifiestan en el signo de la muerte y de la vida. Se quiere decir en adelante, los signos de la muerte y de la vida. Sucede a veces "un bien", a políticos, a pensadores, a ricos y poderosos. Es en su propio la moral y la religión. No hablo de la marca del pecado, sino de la marca de la necesidad de placer.

Se trata pues de una construcción del alma, de una "sublimación" y, no, nada más próximo que esta utopía de la vida del cuerpo viviente, para la vida sin tregua, o mejor, distinguiéndose mucho esta muerte de la muerte "espiritual" y de la muerte material ("física").

Sucede con la utopía del placer en la vida que con las utopías del no-trabajo, el no-trabajo parece un absurdo, y no obstante la autoconstrucción está allí, conlleva y golpea a la puerta, forma parte de la transformación total del mundo.

Se - anse de dejar lo cotidiano en el sentido habitual -construye de acumulación, de crecimiento, de inversiones- para encontrar una "economía de placer", conviene señalar algunas de las contradicciones normalmente manifestadas (se decir, operadas, después descubiertas, y más tarde conocidas en este sentido).

Hay una contradicción que parece innegable en el crecimiento indefinido de la vida desde la situación de las satisfacciones y relaciones.

En el placer, se le añade la vida misma. No es verdad que el hombre busca el placer y huye del dolor. El placer y el dolor son consecuencias y fenómenos concomitantes. ¿Por qué el ser viviente, hasta la menor planta de vida organizada, en crecimiento de su capacidad de acción, que el dolor tiene para un poco como consecuencia necesaria un aumento de nuestra capacidad de poder que en la medida de los sensores sirve de asistencia al placer y dolor (aunque así, también, las apreciaciones y juicios, el "sí" y el "no" de una vitalidad, en sí son de una lógica. El dolor es otra cosa que el placer, pero no es lo contrario. Hay casos en que una cierta necesidad física de pequeñas estimaciones dolorosas permite un placer... Es el caso del coito... Así vemos cómo el dolor actúa un tanto que ingrediente del placer... Toda especie de placer y de dolor exige una voluntad de las más complejas... El placer, supuesta de un aumento de poder, supone una cosa que resiste y que es necesario sobreponer... Una necesidad de poder que para ser superada tiene necesidad de pequeñas estimaciones, de pequeñas sensaciones previas de dolor"; (fragmentos del libro publicado bajo el título "Voluntad de poder" -en el libro "Voluntad de poder" - pp. 395 a 401).

Por primera vez un analista describe el deseo y el placer, como en.

Fotografía: Portada y fragmentos de la traducción al castellano de "Vers une architecture..." por Ernest Udina (Febrero de 1974, borrador mecanografiado no publicado).

Creo que Mario estaba contento de ver el libro impreso, como un documento histórico de un particular periodo de la urbanización en Europa, y como un pretexto para volver a debates inconclusos. Estuve en contacto regular con él, por teléfono y visitándole en Zaragoza, Cortes y Tudela. En el transcurso de esas visitas, nuestras discusiones pasaron de estar centradas en Lefebvre a discurrir por los últimos trabajos de Mario y los nuevos procesos de urbanización que estaba estudiando. Antes de que su salud se deteriorara, condujimos recorriendo los alrededores para visitar los nuevos barrios de trabajadores agrícolas migrantes cerca de Cortes, la construcción del lago de La Loteta (al que contribuyó de forma decisiva), las nuevas infraestructuras eléctricas alrededor de Pamplona, los desarrollos especulativos en Zaragoza o nuevos centros logísticos en Navarra. Mientras comentaba estos fenómenos con una mente aguda y crítica, Mario seguía prestando atención al disfrute que ofrecía lo que solemos llamar una ciudad, y disfrutaba reflexionando sobre ello.

Tres etapas en la teoría de un sociólogo alternativo

Álvaro Rodríguez Díaz
Universidad de Sevilla

En 1974, siendo estudiante preuniversitario, llegó a mis manos un estudio de Mario Gaviria sobre la Ampliación del barrio de la Concepción de Madrid, el barrio por donde yo vivía. No fue hasta 1979, recién terminada mi carrera de sociología, cuando le conocí personalmente, participando en trabajos sobre Extremadura (1979) y el Puerto de Santa María (1981). En esos años también colaboré en otros informes y le ayudé a corregir o compilar manuscritos que luego fueron libros o artículos. Mi interés en el presente texto es exponer su teoría, en etapas sucesivas y concatenadas, aunque sea de modo comprimido, teoría que aparece dispersa en algunos de sus artículos, libros, en frases o entrevistas. Siendo un sociólogo práctico investigaba aplicadamente, en ocasiones con urgencia, sin necesidad de justificar una base teórica o académica, aunque dejando implícito su enfoque crítico y alternativo. Su recorrido se puede clasificar temáticamente en tres etapas: Urbanística, Ecologista y Social. Son etapas superpuestas y acumulativas, manteniendo un enfoque que se fue enriqueciendo con cada tema.

La etapa urbanística (1965-1974)

Se inicia cuando importó la sociología urbana a España, aplicándola en trabajos de campo que iban desde proyectos vecinales hasta planes regionales. El estudio del *Gran San Blas* (1968) y *Campo, Urbe y Espacio del Ocio* (1971) son sus ediciones más emblemáticas. A final de esos años redacta los informes sobre Benidorm, estudio pionero de la sociología del turismo en España.

Sus raíces teóricas están sembradas en el marxismo heterodoxo de su maestro y amigo Henri Lefebvre (1901-1991). En ese contexto partía de la dialéctica de Hegel: "Hegel, el imprescindible"¹. Desde ahí se inspiró en el Marx de los *Grundrisse* (1857) y en el capítulo I de *El Capital*, donde aparecen los conceptos de valor de uso y valor de cambio. Marx elaboró la crítica de la economía política que Lefebvre prolongó a la crítica de la política del espacio y que Mario Gaviria aplicó a la sociología urbana en España. Así, diferenció entre los *espacios de representación*, basados en la percepción de los usuarios, frente a las *representaciones del espacio* basadas en las valoraciones de las autoridades y planificadores².

Mostró interés por los modelos de ciudad de los socialistas utópicos como Fourier a principios del siglo XIX, siguiendo a Lefebvre cuando decía que: "Hoy en día no puede haber pensamiento sin utopía"³. Y agregó las concepciones del *Movimiento Situacionista*, muy activo en el mayo del 68, manejando valores como el del juego, la fiesta, el

1. Pág. 13 en "Prólogo" de Lefebvre, H. 1969. *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.

2. Lefebvre, Henri 1991 [1974], pág. 38 en *The production of space*. Oxford, Blackwell. [Desde 2013 está disponible una traducción al castellano, *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing]

3. Lefebvre, H. 1976. *Espacio y política*. Barcelona: Península (pág. 58).

encuentro, el deseo o la deriva urbana, concibiendo a una ciudad socialista destinada para el placer. Se interesó por el grupo *Utopie*, participe de la acción directa, que interpretaba la lucha de clases como lucha de espacios. A este respecto señaló: “La lucha de clases, ese concepto tan vergonzosamente ocultado y silenciado por la izquierda convencional estos últimos años”⁴. Y esa pugna la expresaba en la ciudad: “Es en la vida urbana donde se materializan las máximas contradicciones del capitalismo”⁵. Ante la *propiedad* del espacio contraponen la *apropiación* como solución legítima de los no propietarios, un argumento revolucionario que adopta de Proudhon. También ahondó en elementos del urbanismo revitalizador de los años sesenta del siglo XX propuesto por Jane Jacobs, David Harvey o Susan Keller al defender una ciudad que reconociese las relaciones entre sus moradores antes que la lógica del capital.

La etapa ecologista (1975-1984)

Empieza cuando retorna de su estancia en California, donde participó en el incipiente movimiento ecologista y queda alarmado con el plan de centrales nucleares recién aprobado en España. Es una etapa de más militancia y agitación. Investiga sobre la agricultura, el aprovechamiento energético y el autosostenimiento territorial, siendo *El Bajo Aragón Explotado* (1976) y *Extremadura Saqueada* (1978) los libros más celebrados junto con los también codirigidos sobre Navarra o La Rioja.

En esta etapa añadió a su enfoque la teoría ambientalista con autores como Dennis Meadows y Barry Commoner que apuntaban las bases de la ecología crítica basada en la defensa de la tierra, gestionando la energía para conseguir una economía más participativa y autosuficiente. De ahí relacionó el marxismo con el ecologismo: “Un auténtico análisis marxista tiene que contar con los elementos ecologistas como básicos, por ser aporte de la ciencia. Es lo que Marx llamaba la dialéctica de los hechos nuevos”⁶. No fue ajeno al movimiento de la *Contracultura* difundida por Theodore Roszak que se apoyaba en tesis no materialistas. Así, fue fusionando sus originales postulados de la escuela francesa con la escuela americana, conciliando por ejemplo el colectivismo con la libertad individual para profundizar así en un marxismo libertario y naturalista.

En esa trayectoria reorientó categorías como el de Modo de Producción al diferenciar entre *Modo de Producción Estatal*, en el que estarían el capitalista pero también el socialista ya conocido, que se nutre del desarrollismo devastador, de la propiedad del agua y de la burocracia, entre otras conductas combatidas por los ecologistas críticos que proponen el *Modo de Producción Alternativo* que representaría a una sociedad socialista pero no dirigida. Es también una apuesta por el placer corporal, para trabajar menos disfrutando de la vida natural, asumiendo a Freud especialmente en su contribución psicoanalítica sobre Eros y Thanatos: el placer del goce frente al sacrificio doloroso, una disyuntiva a tener en cuenta para planificar cualquier habitat.

Siguiendo a Engels descartaba la naturaleza como un ecosistema jerarquizado y abierto a la colonización ciega sino que se apoyaba en una concepción de una naturaleza

4. Gaviria, M. 1979. “Una reforma agraria al revés”, *Transición, economía, trabajo, sociedad*, nº 4:8.

5. Gaviria, M. 1971. “La corrupción en materia de urbanismo”, *Arquitectura* (COAM), nº 149:48.

6. Miguel Gil (entrevistador), 1979. “La subversión ecologista. Entrevista con Mario Gaviria”, *Transición, economía, trabajo, sociedad*, nº 6 (3):11.

donde no existen órganos dominantes: "La naturaleza es una fuente de placer y conocimiento. El valor de cambio, los objetos, satisfacen necesidades mientras que el valor de uso corresponde a los deseos, al goce y al disfrute"⁷. El aire, el agua y el sol son fuente de valor sin que mediatice el valor-trabajo, una cuestión no aceptada por los marxistas dogmáticos centrados en la producción y la plusvalía.

La etapa social (desde 1985)

La inició con sus investigaciones sobre los excluidos apostando por intervenciones de renta mínima para la inserción y combinando la formación con el empleo (*La caña y el pez*, 1995). Esa temática la desarrolló siendo a la vez profesor en la Escuela Universitaria de Trabajo Social de Navarra. De otro lado, destacó su éxito editorial por *La séptima potencia. España en el mundo* (1996).

En esta etapa profundiza en el análisis del Estado de Bienestar Social alabando el despliegue de la educación y sanidad pública a finales del pasado siglo en España. En contra del decimonónico pesimismo intelectual, que achacaba a la secuela de la triste Generación del 98, iluminó su análisis futuro sobre España con generoso entusiasmo. Pero también ya había subrayado las contradicciones del orden socioeconómico en un sentido amplio: "Cuanto más avanzado sea un país, en el sentido capitalista de la palabra, más marginales genera, no en el sentido de pasotas, sino el de gente que deduce que el modo de vida que le espera no es el que le conviene"⁸.

El declive de la protección estatal lo imputaba al derrumbamiento de los sistemas socialistas del este, en tanto que las clases dominantes europeas podían ser menos benefactoras al no existir la amenaza alternativa del otro modelo donde existió el pleno empleo y las viviendas eran gratuitas. En sus análisis sobre el territorio había interpretado que las clases populares debían apropiarse de los espacios públicos por lo que también entendía que deberían apropiarse de las economías públicas en tanto que no son responsables, por ejemplo, de la falta de empleo. Al igual que se había conseguido un sistema de pensiones de jubilación se podía también alcanzar un sistema de salario social como un derecho universal para personas con especial necesidad y cargas familiares. Ante la premisa neoliberal de no dar un pez a un hambriento sino darle una caña y enseñarle a pescar (aprender un oficio) respondía que es inútil que aprenda si no hay peces (si no hay empleo). Extrae las propuestas del socialista utópico Robert Owen sobre el salario colaborativo, del autoempleo, para apoyarse simultáneamente en el concepto marxista de *alienación* del trabajo y en las ideas de André Gorz.

Al iniciar estudios sobre marginación social impulsa los valores de la autogestión, la participación y hasta el esfuerzo luterano para integrar socialmente a los excluidos con medidas directas y dinámicas. Contrario a las pautas del trabajo social se remitió a la teoría sistémica de Mary Richmond, clásica norteamericana que rechazaba las ayudas paliativas abogando por soluciones basadas en los propios estilos laborales y de vida de los afectados. Bajo esa tesitura interpretaba el trabajo social como una intervención tan económica como cultural.

7. Gaviria, M. 1978. "La naturaleza, fuente de placer (conversación con Henri Lefebvre)", *El Viejo Topo* nº 20:24.

8. "La subversión ecologista. Entrevista con Mario Gaviria", *Op. cit.*, p. 14.

Marginación, urbanismo, turismo o naturaleza eran temas que relacionaba desde una lógica dialéctica, que no formal, en tanto que los espacios son sociales y por tanto desiguales, apostando para abrir otros escenarios sostenibles y equitativos. Desde luego no podría aplicarse su teoría marxiana en una economía capitalista como la española, por lo que en su praxis estaba lejos de proponer cambios radicales pero sí cambios puntuales, sensatos y funcionales, que se iban sumando. Se le puede considerar un adelantado de izquierdas y sobre todo un *sociólogo independiente*, unas veces regeneracionista por conseguir lo posible y otras revolucionario por conseguir lo deseable. Nos legó una producción crítica basada en construir continuamente hipótesis para sostener sus fértiles estudios, llenos de sociología aplicada, a lo largo de más de medio siglo.

De Mario a Mario

Antonio García Tabuenca ¹

Universidad de Alcalá de Henares

No se te entendería nada, Mario, ni de tu obra ni de tu persona, si no fueras el espíritu, la esencia y la senda de la fiesta. El espíritu de la filosofía del «buen vivir», que la echas a borbotones a los que te rodean. Da igual si es tu equipo de trabajo o el *Sursun corda*, o si estás en reunión con altos funcionarios de la Diputación o del Ministerio de Comercio y Turismo, en *La Clave* de Balbín, en la Extremadura Saqueada o en el Espacio de la Fiesta y la Subversión, dictando lecciones de espacio urbano en la Universidad de Los Ángeles o de Experto de Naciones Unidas en Mozambique, en las Jornadas de Víctor Eusa de Pamplona o en Madrid, en las de Perspectivas Urbanas, en el Gran San Blas, el Club de Debates Urbanos, o el Círculo de Bellas Artes, mientras impartes sociología de la inequidad a tus estudiantes en la Universidad, juegas a fútbol al atardecer en los Salesianos, como si fueras un chico cincuentón, que luego comparte unos huevos con lomo y pimientos verdes fritos en la Servicial Vinícola; o andorreas con amigos por el malecón de La Habana «dándole en la molla» a tu proyecto sobre la pobreza y desaguisados de la Cuba festiva, o mientras recibes el Premio Nacional de Medio-Ambiente. O, más aún, si cabe, si estás con amigos en noches disfrutonas de París, entre el Voltaire revolucionario, algo desconchado ya, y los *escargots au beurre* del Boulevard Saint-Dennis.



Fotografía: Mario Gaviria y compañía reponiendo fuerzas en Casa Emilio (Zaragoza), hacia 1978. Fuente: Artemio Baigorri.

Siempre estás de fiesta, casi siempre de excelente humor. Fino, burlón, inteligente, pero con cara de inocencia, algo pilla, como muestran encadenadas en un *rictus* tu mirada y tu boca, chamánicas y clementes, que parecen alojar el orbe, el conocimiento,

1. Editado a partir de la intervención en el Acto "Juntos, revueltos, libres e iguales. Recordando a Mario Gaviria" en Tudela (9 de junio de 2018).

que brindas sin nada a cambio a los de al lado. Y siempre, casi siempre, disfrutando del placer humano ¿o divino? de la comida y bebida ricas, aunque con mesura, salvo en ocasiones que lo merecen, dirías; disfrutando también del manantial epicúreo de sensualidad y erotismo al que das entrada sin esfuerzo aparente, subliminalmente, como los apaches en el medio-oeste americano. Del placer de echar unas jotas mientras se viaja en tu cochazo, algo escacharrado pero lo más ecologista posible, o de charlar de cualquier cosa simple o compleja, que furtivamente, como maestro mediterráneo, aristotélico y paciente, canalizas hacia los escenarios y ensueños de tus ideas, argumentos y diagnósticos, a los que te anticipas sin que nadie te siga ni te alcance. Aunque sean contrapuestos por tu auditorio, solo por un tiempo, acabarán fijándose, proyectándose, en una memoria colectiva, escrita algo desordenada, poco académica, tal vez, qué más da, para hacer y decir las cosas que tú haces y dices, siguiendo las pautas que has impreso con tu grabadora o a viva voz al linotipista que toma tu acta directamente, de oído. Vamos, mucho de Epicuro pero también algo del estoico Plutarco.

Incluso, tras tu estudio del Islam, al que has dedicado prioritariamente estos últimos diez años, eres capaz de explicar lo que ocurre no solo en términos de «choque de civilizaciones», como hiciera Huntington o, antes, Bernard Lewis, sino casi como tautólogo, adivino de la buena vida, del festejo del vino, y así lo precisas cuando dices que «No es un choque del Islam contra una civilización, la cristiana o la europea, sino contra todas, es un choque del Islam contra el alcohol y el trago largo» y eres capaz de defender que solo América Latina está libre de islamización porque el Islam, el Corán, prohibió el alcohol, y la colonización hispana, latina, prohibió el Islam en el Nuevo Mundo; este Nuevo Mundo, dices, que aún está en desarrollo pero mantiene los rasgos occidentales, como el respeto por la libertad religiosa, el Derecho Romano, la creación y el disfrute del buen fútbol, del mejor cine, el goce de las fiestas, la mejor música, la defensa de los Derechos Humanos y la igualdad de la mujer.

Pero es que disfrutas y vas de fiesta incluso cuando las cosas se tuercen, se te tuercen, a ti, y así, a los demás. Parece que disfrutas también, en tu modo de ataraxia, aquejado pero sin que apenas se note, cuando te doblas al sentarte, apoyado al son de 'un-dos-tres', en tu ayudante personal, tu secretario, mientras cruzas de tu cama al sillón para volver a ofrecer tu mirada límpida y tu boca abiertas al que viene a visitarte, pronto le invitas a hablar, de lo que te trae, cuestiones, nuevos argumentos o refutaciones, de lo que sea, para entrar en la fiesta que en pocos minutos logras escenificar, entrando sin solución en el debate, que hace olvidar que las heridas de tu cuerpo afligido, rígido, que no de la psique, se hayan torcido. Dejas que hable tu interlocutor, le escuchas como si nunca hubieras escuchado nada de aquello, con afecto espontáneo desinhibes sus carencias, alagas lo que te trae, le dices que cuánto sabe, y pronto le ofreces tu versión, tu fiesta de palabras, que aderezas con aportes hilvanados naturalmente que traes de la nube, sin vericuetos, de tu nube abarrotada de conocimiento, mezcla de saber, estudio, intuición, derroche de imaginación y búsqueda permanente de qué hay detrás de cada cosa, de cada idea. Incluso en el lecho agónico de la vida, aún con tu mirada llena de afecto placentero, cariño desbordante, inteligencia, miras al más aquí más que al más allá, porque sabes que esto es lo que hay, que lo demás se queda sin fiesta...

La Planificación autogestionaria*

Mario Gaviria Labarta (1938-2018)

Es sabida la falta de posibilidades del concepto clásico de información pública que, salvo opinión en contrario, mi interpretación, es que lo que subyace al concepto de información pública en la acción del Estado es advertir a los propietarios vecinos a los que les pueda afectar algo que hacen otros, el Estado o la Administración, pero que no estaba pensada para una intervención popular, para un control popular de las decisiones. Es decir, que hasta ahora en la información pública si se ha empezado a incordiar, cada vez que sale un plan nuevo, un plan nuclear, por las Asociaciones de Vecinos o de defensa del medio ambiente, ha sido desbordando un poco lo que se esperaba de la información pública.

Por tanto, yo no veo que en la nueva Ley del Suelo se avance mucho más en este concepto de información pública para propietarios, sino que solamente se dice que se tratará de impulsar el que se organice la participación de los ciudadanos. Dicho de otra manera, eso se deja, supongo, para un Reglamento y, por tanto, se considera que no es una cosa clave y fundamental. Yo pienso que no porque participen los ciudadanos va a ser necesariamente el Plan de urbanismo o el Plan territorial mejor. Puede ser que haya un mayor control en cuanto a la corrupción, pero en cuanto a la calidad final de las decisiones, no es seguro.

Pienso que tras tantos años de franquismo, estamos pensando que la llegada de la democracia formal, por lo menos esta primera otorgada, va a empezar a resolver todos los problemas. Y no hay que olvidar que el caos urbanístico no se da sólo en los países de tradición fascista o falsamente fascistas —porque el fascismo tenía unos criterios urbanísticos muy rigurosos que aquí no los tuvo— y, por el contrario, se puede dar también en países de democracia formal.

Dicho de otra forma, no creo que sólo sea el modo político de gobierno, sino que lo que configura el espacio urbano y lo materializa es la relación de fuerzas principalmente económicas: propiedad, poder, economía. Dicho de otra forma, se podría decir que el sistema urbano, la forma urbana es el reflejo de la sociedad global, sobre todo en la infraestructura de sus bases económicas.

Por tanto, el hecho de que elijamos a los que van a decidir los Planes, y el hecho de que intervenga la gente en los Planes, no se va a reflejar de manera inmediata en la calidad urbana; primero, porque mi impresión, cada vez más confirmada, es que desde que algo se planea hasta que tiene visibilidad física y se sufre, por decirlo de alguna manera, es frecuente que pasen diez o doce años. Y vamos a sufrir durante bastantes años todos los lastres de los defectuosos planteamientos anteriores.

En segundo lugar, el hecho de que los líderes de un ayuntamiento sean elegidos no acaba de solventar los problemas. Como ejemplo límite diré que mis amigos —con los que colaboro lo más que puedo— del Ayuntamiento de Pamplona son todos ellos democráticamente elegidos. Su alcalde, ha sido elegido y ahora lo acaban de destituir.

* Fuente: Gaviria, M. 1981. *El buen salvaje. De urbanitas, campesinos y ecologistas varios*. Barcelona, ediciones 2001. (pp. 53-61)

Un ayuntamiento democrático, popular, auténticamente elegido, con el que el pueblo se identifica; y sin embargo, los mecanismos urbanísticos no se puede decir que hayan cambiado mucho más. Puede controlar la corrupción, pero en el momento que paren una obra, se le querella la persona a la que ha parado la obra, y lo destituyen de alcalde por daños a terceros, una figura jurídica muy curiosa¹.

En otras palabras, pienso que no debemos esperar que con la aparición de la democracia formal vaya a aparecer un urbanismo similar. Lo más que pudiera aparecer con esto es el Plan Cerdá, o los ensanches clásicos donde había un cierto control, una negociación entre los grupos de poder; por lo menos en la élite había unos acuerdos mínimos en cuanto a respetar el Plan, cosa que no la ha habido después. Si se compara el Plan Cerdá con la periferia, hay una cierta coherencia física entre una burguesía catalana del s. XIX —sálvese quién pueda— y la corrupción y el caos de los últimos cuarenta años, simplemente mirando una foto aérea de Barcelona.

Así pues, pienso que el espacio producido es un reflejo del sistema económico, político y social, y que si no hay un cambio profundo en el sistema económico, en el modo de producción, por llamarlo de una manera, no veo que tenga grandes consecuencias a corto plazo cualquier otro cambio; e incluso cambiando el modo económico de producción hay una inercia física, una inercia de la producción del espacio que hace que haya que ser muy escépticos sobre las consecuencias inmediatas del nuevo urbanismo de los progresistas, entre los que me incluyo.

¿Cómo intervenir o participar? Evidentemente, si se deja para un nuevo reglamento, habrá que discutirlo detenidamente. Sin olvidar que cuando hablo de participar me refiero no sólo al clásico Plan Parcial o Plan General, sino a lo que en estos momentos para mí es tema extraordinariamente urgente, que es una concepción global del territorio a partir de sus recursos y vocaciones. Digo esto porque pienso que la mayor parte del juego urbano está hecho todo lo mal que se podía hacer en las grandes áreas, y lo que habrá que ir —algo que expondré después— sería a la rehabilitación de ciudades, mientras lo que queda por salvar es el espacio rural y natural, los recursos, agua, paisaje, etc., que en eso todavía se podría hacer algo.

Cuando me refiero a la intervención del ciudadano, me refiero a todos los procesos de la planificación, no sólo física y urbana, sino espacial, territorial e incluso sectorial. En estos aspectos, el primer tema básico para participar sería el que hubiera democracia formal; que, pro lo menos, los que con el mecanismo tradicional de representantes y representados, los elegidos, los notables políticos, tuvieran que responder y ser vigilados por alguien. De esa manera, si además hay una oposición, habría vigilancia poder/oposición, y un tener que responder al pueblo aunque fuera poco. A partir de ese mecanismo en que me emplazaré para buscar propuestas de cómo hacerlo, desde la propuesta extrema, límite que yo conozca, que es el caso de Christopher Alexander en el libro de la experiencia de Oregón, que en Francia se llama "Por un urbanismo democrático", en el que plantea que incluso el urbanismo —insiste que no físico— no es sino organizar mecanismos de toma de decisión de producción del espacio; es decir, que insiste en que ni siquiera consiste en trazar unas rayas que indiquen dónde esta-

1. Miguel Angel Muez, concejal de urbanismo durante más de 10 años en el Ayuntamiento de Pamplona, controlando y exigiendo un control riguroso y radical del urbanismo. Con su compañero de la época en el Ayto. López Cristóbal es de las personas con más conocimientos de gestión urbana del Estado español.

rán la infraestructura o el viario principal, sino que para la planificación urbanística es organizar los mecanismos de funcionamiento de la toma de decisión por parte de todos los ciudadanos afectados, de manera que el Plan sea algo hecho permanentemente por toda la población, a partir de elegir, creo que es un representante de cada cincuenta, que duran un año, que van rotando, en un comité dedicado única y exclusivamente a eso. Ellos se reúnen y dicen: Aquí ponemos una zona verde o no, y entonces se lleva a la asamblea. Esto sería el mecanismo de autogestión generalizada, en que los técnicos serían asesores que pintarían las cosas que les dirían las asambleas.

Desde este punto de vista, se puede enlazar con las teorías de John Friedmann, que ha estado reciente en Madrid, y que acusa a Christopher Alexander de que esos mecanismos son insuficientes porque no pueden generar en sí mismos el cambio revolucionario. Dice que Alexander lo pensó para una sociedad más o menos estable de participación, pero sin generar cambios profundos. Friedmann propone que, a la vista del fracaso de la planificación tecnocrática, y puesto que los técnicos no pueden conocer cómo va a ser el futuro, que es aquello que definen los planes en sus objetivos, que a peor no se iría, y que seguramente se superaría la planificación tecnocrática por medio de una planificación popular, en la que los técnicos una vez más, como en el caso de Alexander, serían delineantes —por simplificar— o asesores de alternativas, o evaluadores de alternativas que tomase el pueblo. Para ello, el pueblo, organizado en asambleas, a niveles de barrios, distritos, secciones, municipios, pueblos, etcétera, serían los que tendrían que establecer los objetivos principales que esa sociedad quisiera para planificarla. En esto ha estado muy inspirado de las prácticas chinas de estos momentos², en el principio de autosuficiencia, de autodecisión en cada comuna y de intervención de la asamblea para todas las decisiones.

A partir de esto, podríamos entrar en lo que serían las formas que ya se están haciendo en España, que es la intervención de los vecinos a través de las Asociaciones. Se crean asociaciones de vecinos y éstas intervienen, por lo menos, en la información pública y la Ley parece ser que, plantearía, en otras etapas la recogida de datos, definición de objetivos o seguimiento del proceso planificador. Yo esto no lo veo bien por dos causas. Una, porque los mecanismos de selección de élites acabarían siendo muy parecidos a los partidos políticos y en las asociaciones de vecinos habría barrios dominados por unos partidos y barrios por otros; y dos, porque a pesar de todo, siempre habría esa escisión entre planificadores y planificados, líderes políticos y el pueblo.

Una manera de superar esto y llevarlo a la autogestión más generalizada pudiera ser el intento que estamos planeando en la revisión del Reglamento Administrativo de Navarra³, y es que recogiendo la tradición del Concejo abierto hasta el crecimiento de la burguesía en el s. XIX en Navarra, los Ayuntamientos se reunían con todo el pueblo, y juntos decidían lo que había que hacer sobre la gestión de los comunales, los ganados, las escuelas, etc. Desde esta figura el Concejo abierto reducido a una veintena que ahora son los 20 notables más ricos contribuyentes que vigilan el Ayuntamiento, a partir de esto volveríamos al Concejo abierto, y pienso que no habría inconveniente

2. En "estos" momentos aún no se había iniciado la persecución contra la "banda de los cuatro" y el legado de Mao en general.

3. El RAM (Reglamento de Administración de Navarra) es el equivalente, para la Navarra floral, de la Ley de Régimen Local español.

en reunir asambleas de 5000 personas, enseñándoles a hablar y a funcionar —no hay teorías para eso, la práctica va generando teoría— y en los sitios en que hubiese más volumen, dividir el territorio en unidades de cinco o diez mil habitantes, según barrios, voluntariamente decididos, según las áreas territoriales, y cuando ya fuesen muy numerosas las unidades, establecer junto al Ayuntamiento, elegido por los grupos políticos, por la dinámica política, lucha de clases, etc., una veintena de supervisión de todas las decisiones e intervención en los objetivos; veinte ciudadanos por sorteo de todos aquellos que trabajan, nada de fijar los 21 años, porque si son buenos para trabajar a los 16, tienen que ser buenos para decidir el Plan que quieren; la mitad de los veinte necesariamente serían mujeres, lo cual implicaría la introducción del feminismo en estos hechos concretos, y aunque cuando se dice que la mitad de los puestos elegidos son mujeres, se dice que no están preparadas, también es cierto que si no están preparadas y no están en las decisiones, nunca llegarán a estarlo; además habría un corte censitario, por decirlo así, representantes de jóvenes de 16 a 30 años o la edad que se definiese, lo cual sería una forma de incorporar a los jóvenes que cada vez más en las sociedades industriales avanzadas, como Francia o Inglaterra, se les considera como delincuentes prácticamente; introducción de los viejos a partir de 60 o 65 años para toda la marginación de la vejez y que pudieran estar presentes en proporción hombres y mujeres, y habría un poder político, más un poder de vigilancia y control de las decisiones, tirado al azar, lo que sería reproducir mecanismos, no directamente mecánica de poder, a modo de los Jurados en la tradición norteamericana, que aprenderían a recoger las opiniones del pueblo, o por lo menos vigilarían la gestión del Ayuntamiento.

Pero también esto es insuficiente porque lo que no sabemos ni seguimos viendo claro es como habría que participar en la planificación. Y eso de que la gente no está preparada, yo creo que es una consecuencia de que no se les ha dejado actuar. No creo que haya que prepararles con teoría, sino con la práctica. La mayoría de los arquitectos acaban la carrera y aprenden después las cosas, igual que yo aprendí las mías, e igual que cualquier profesión puede aprender urbanismo. Yo he visto en las comunidades de vecinos urbanistas que han aprendido en la lucha urbana. Por tanto, cuantas más posibilidades se les dé de acción, más inmediatamente habrá gente formada. Para mí, la excusa de que no están formados no vale. Muchos errores más graves de los que se han cometido, no se cometerán.

Esta intervención tendría que ser sistemática, de manera que todos los equipos tendrían que comenzar por triplicar o cuadruplicar los gastos de planificación, para que se pudiera pagar a los seleccionados vecinos urbanistas, rotando cada tres o cuatro meses, nuevos y pagados por supuesto. A pesar de todo ello, pienso que habría que arrancar de la crítica de las grandes decisiones urbanísticas y pienso en planes de autopistas, planes de Renfe, planes de aeropuertos, planes de regadíos, los grandes impactos que hoy son el gran urbanismo que está dejado de todos, y que lo decide prácticamente un burócrata del Ministerio de Obras Públicas, sin preparación; también, los programas de grandes implantaciones petroquímicas, de centrales nucleares, programas de extracción de carbones, etc.

Pienso que todos los grandes programas, que están al margen de toda planificación, deberían ser objeto de una intervención ciudadana a partir de estudios de impacto. El estudio de impacto consistiría, de hecho ya está inventado en Francia y Estados Unidos,

en que la empresa que pretende hacer un plan de autopistas o un gigantesco tratamiento de fumigación aérea de pinos con avionetas, tiene que someter, antes de hacer el proyecto, la idea que pretende realizar con un estudio exhaustivo del impacto y las consecuencias políticas, sociales, económicas y ambientales que esto tendría. De manera que la población durante un año lo debata a fondo, sepa lo que se le viene encima y sea la población por referéndum, la que decida. Ahora nos ocupamos y nos volvemos locos con la zona verde de la esquina y con el Plan parcial, mientras que las grandes decisiones en 5 o 6 años, programas nucleares, autopistas, grandes áreas industriales, como Huelva-Tarragona, etc., que van a traer unas consecuencias gravísimas para todo el país, o los planes de trasvases de agua, se están haciendo con la ausencia y a espaldas de toda la intervención de los ciudadanos, por no haber ni la obligación del estudio de impacto⁴.

Si llevo el debate a una escala tan grave es porque pienso que la gravedad urbanística de las cosas ha llegado a tal punto en las diez o doce áreas metropolitanas, que el proceso es irreversible por la vía del urbanismo clásico; puesto que, además de mi posición personal llevo años proponiendo el bloqueo del crecimiento de las grandes ciudades, la repoblación rural, la energía para producir alimentos, que son los grandes déficits españoles, que no se podrán cubrir en los próximos años; mi planteamiento es que para grandes áreas no se trata tanto de urbanismo sino de intervención popular en la mejora del espacio urbano.

Dicho de otra manera, creo que es menos trabajo de técnicos, como función de presupuesto y función de intervención directa del pueblo.

4. El tema del estudio de impacto sigue sin solucionarse en este país. Recientemente nos hemos encontrado con el asunto de la General Motors. Nosotros pedíamos un estudio de impacto y el Estado respondió haciéndolo cuando la factoría ya se está construyendo, y además ha sido misma empresa que hizo el proyecto de la factoría (INTECSA), quien ahora hace el estudio de impacto y tiene que juzgar si su propio proyecto es bueno o malo.